N. 47.

TRAGEDIA.

MITHRIDATES.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Mithridates, Rey.	*Arbates.*
Pharnace su hijo mayor.	*Arcas.*
Jifarés, hijo menor.	*Guardias.*
Monima, Reyna.	*Acompañamiento de Soldados.*
Phedima, su confidenta.	

****

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Jifarés y Arbates.

Jif. Cierto ha sido el rumor, querido Arbates;
Roma al fin vence, y Mithridates ha muerto:
no lejos del Euphrates los romanos
rapidos, à mi padre sorprehendieron,
y engañando las sombras de la noche
à su inclito valor; despues de recio
y sangriento combate, al fin su campo
desordenado, timido y disperso
le dejó entre los muertos confundido:
ahora supe que en manos de Pompeyo
puso un soldado su real corona
y su espada, terror del universo.
Asi este grande Rey, que quarenta años
cansó á los Generales mas expertos,
que pudo à su valor oponer Roma,
y que tubo en Oriente tanto tiempo,
suspensa la valanza de sus Reyes,
el honor y la causa sosteniendo;
ahora muere infeliz, y solo deja
para vengar tan tragico suceso
dos hijos entre si no muy unidos.

Arb. ¿Pues que Señor, del trono los deseos,
os hacen ya, enemigo de Pharnace?

Jif. No, Arbates mio, à tan costoso precio
no pretendo comprar las tristes ruinas
de este imperio infeliz: en él respeto
de la edad la ventaja; yo no ignoro
que es mi hermano maior, y satisfecho
con mi parte de herencia, sin envidia
veré que goza en paz, de quantos reynos
le diere la amistad de los romanos.

Arb. Señor! de los romanos? será cierto
que un hijo del heroico Mithridates...

Jif. No lo dudes, amigo: ha mucho tiempo
que ya es Roma el alma de Pharnace,
y ahora que vé los prosperos sucesos
de Roma vencedora; no hay fortuna
que conseguir no espere por su medio.
Yo al contrario, mas fiel ahora que nunca
del honor de mi padre, un odio eterno
à los romanos guardo, mas ni mi odio
ni su amistad son ahora los objetos
que causan nuestras crueles discensiones.



Arb. ¿Pues qual otro interés puede encenderos
Señor: tanto contra el?
Jif. Voy à asombrarte.
Esta Monima que tan fuerte incendio
á mi padre inspiró de quien amante
se declaró Pharnace; en el momento
en que su muerte supo...
Arb. Y bien.
Jif. Yo la amo.
Si, Arbates mio, yo tambien la quiero;
y ahora lo he de decir, pues que mi hermano
es ya unico rival de mis afectos:
tu no esperabas oir este discurso;
pero no es un amor de poco tiempo;
esta llama voráz: su fuego activo
aumentó sepultada en el silencio:
¡que no pueda explicarte los ardores
que inflamaron entonces à mi pecho
mis primeros suspiros, y las ansias
que he sufrido despues! pero el funesto
estado, à que nos vemos reducidos
no permite que ocupe el pensamiento
en una amante, y desgraciada historia:
te baste ahora saber para que reo
à tus ojos no sea el amor mio,
que yo à la Reyna ví y amé el primero,
que mi padre ignoraba hasta su nombre
quando mi corazon ya iba sintiendo
de un legitimo amor la pura llama,
él la mirò, despues la quiso tierno.
Pero en vez de ofrecer à su hermosura
con votos dignos de ella un Himeneo,
creyó que satisfecha con el solo
honor de merecerle los afectos,
una indigna victória se le diese:
tu sabes como empleó todos los medios
de tentar su virtud, y què cansado
de emplear inutilmente tanto esfuerzo,
ausente, pero lleno de su llama,
la diadema que es seña del Imperio
hizo por fin llevarla por tu mano:
amigo, considera lo violento
que mi dolor seria quando supe
el amor de mi padre, y sus intentos!
y quando supe en fin que destinada
Monima para el real paterno lecho
se acercaba contigo ya à Ninphea!
en este mismo detestable tiempo
mi madre oyó de Roma las ofertas
y ofrece por vengar un Himeneo
que era injuria del suyo; ò pues que quiso
procurarme el amparo de Pompeyo,
hizo à mi Madre la traicion mas negra;
y à los romanos enemigos nuestros
entregó infiel la plaza, y los tesoros
que aquel entre sus manos habia puesto.
Como me quedé yo, querido amigo,
quando supe delito tan horrendo!
desde aquel mismo instante en Mithridates,
no vi un competidor ni hize recuerdo
de mi amor infelice por el suyo;
mi valor y mis ansias solo oyeron
á un ofendido padre; despechado
ataqué à los romanos con esfuerzo.
Y mi madre me vió quando tomaba
la misma plaza que vendió á vil precio
exponerme á los golpes mas mortales
de los contrarios, y querer muriendo
desaprobar su barbaro delito.
Libre el Euxino fue desde aquel tiempo,
y toda via lo es; desde la orilla
que sirve al punto de confin estrecho
hasta el agua que al Bosporo circunda
todo quedó pacifico, y sujeto
de mi padre al dominio: sus navios
prosperos, y tranquilos no tubieron
mas enemigos que inquietud les diesen
que las aguas, las olas y los vientos.
Aun mas hacer queria: mi designio
era volar yo mismo á socorrerlo,
y rapido abanzarme ácia el Euphrates;
mas detuvo mis pasos el funesto
subito aviso de su triste muerte.
En medio de mis llantos y tormentos
(no te lo niego amigo) esta Monima
que te confió mi padre, fué el objeto
que adornado de todos sus encantos
se me vino primero al pensamiento.
Yo temí por su vida, de mi padre
recelé los amores siempre fieros,

tu sabes quantas veces inhumanas
las barbaras ternezas de su pecho
mandaron dar la muerte à sus queridas.
Yo volé ácia Ninphea, y lo primero
que vi al pie de sus muros fué à Pharnace:
mi triste corazon concibió luego
un funesto presagio. Tu igualmente
nos recibiste, y sabes todo el resto.
Pharnace en sus deseos siempre ardiente
me ocultó su osadia, y sus deseos
de mi padre la tragica desgracia
à la Reyna contó, le dió por muerto,
y à ocupar su lugar se ofreció al punto.
No hay duda que mi hermano querrá hacerlo
del modo que lo dice; pero, amigo,
yo tambien ahora declararme quiero.
Quanto mi amor sumiso y reverente
de un padre respetò el poder supremo,
tanto este mismo amor ahora irritado
le sabrá resistir al rival nuevo.
O la misma Monima declarada
contra mi amor, condenará los fuegos
que ahora mismo pretendo descubrirle;
ò nadie piense conseguir su afecto,
si el camino no se abre con mi muerte.
Vé aqui, querido Arbate, los secretos
que decirte queria; ahora tu debes
tomar aquel partido que à tu pecho
le parezca mejor: piensa, resuelve
à quien hallas mas digno de tu zelo,
à el esclavo ser vil de los romanos,
ò á el hijo de tu Rey. Quizás él fiero
con aquella amistad piensa que puede
en Ninphea mandar. ¿Y tendrá aliento
de hablarme como Rey? Pero se engaña,
que en Ninphea no tiene algun Imperio:
el Ponto fue su herencia, Colcos mia,
y nadie ignora que de todo tiempo
el Bosphoro en que ahora nos hallamos
al Imperio de Colcos fué sujeto.

Arb. Señor, mandadme; mi eleccion està hecha:
y si en Ninphea alguna cosa puedo,
creed que haré mi deber exactamente
con la misma lealtad, el mismo zelo,
con que sirviendo á vuestro padre supe
defender esta plaza á un mismo tiempo
de vos y vuestro hermano: sabré ahora
ya que mi Rey y mi Señor ha muerto
defenderla por vos de todo el mundo:
no sé yo que sin vos de mis alientos
habia llegado el fin, y que Pharnace
derramando mi sangre habria cubierto
con ella estas murallas, que poco antes
habia defendido contra el mesmo.
Señor, aseguraos, solamente
del gusto de la Reyna y sus afectos,
hacéd que ella os elija, y esto basta.
Que yo hé de poder poco en este puesto,
ò Pharnace dejando en vuestras manos
el Bosphoro, á gozar irá á otro suelo
lo que le diere la amistad romana.

Jif. Arbates mio, quanto te agradezco..
mas gente viene: ay Cielos! que es la Reyna.
Vete, amigo de aqui: vete corriendo.

SCENA II.

Monima y Jifarés.

Mon. A vos, Señor, recurro en este dia;
porque en fin si en vos no hallo algun remedio,
¿de quien me he de valer? yo me hallo sola,
sin padres, sin amigos y sin deudos,
y de todo socorro abandonada.
Reina en el nombre, esclava en el efecto,
y viuda sin haber tenido esposo.
Aun estas, son Señor, en mis tormentos
las mas dulces de todas mis desgracias.
Ved si soy infelice! ya comienzo
á temblar, porque es fuerza descubriros
á mi perseguidor. Mas con todo eso
espero que vuestra alma generosa
no ha de sacrificar el llanto tierno
de una infeliz que vuestro amparo busca
fiada en la piedad de vuestro pecho,
al interés, ni al vinculo de sangre,
que os enlaza con el: estos conceptos
os dicen que me quejo de Pharnace...
El es, Señor él es, el que violento
unirme solicita á su destino
con un odioso y barbaro Himéneo,

para mi mas horrible que la muerte.
¡Baxo de que destino tan adverso
he venido yo al mundo! condenada
sin amor desde luego á un casamiento,
no bien me veo libre, y quando apenas
empieza á respirar mi triste aliento,
quiere mi fiera y enemiga suerte
entregarme á otra mano que detesto.
Yo sé, Señor, que humilde en mis desgracias,
mi corazon debiera hacer recuerdo
de que oy estoy hablando de un hermano;
pero ò sea razon, ò sea genio,
ò que se extienda mi odio á los romanos,
jamás el Himeneo mas funesto
formado con los mas negros auspicios
podrá igualar al barbaro tormento
de ese que me amenaza: y si Monima
lograr no puede con sus tristes ruegos
vuestro pecho ablandar, si al fin no encuentra
mas auxilio que solo su despecho,
vos la vereis, Señor, al pie sagrado
del santo Altar á vista de los Cielos:
guiada del furor sabré yo misma
romperme un corazó que aquel violento
quiere tiranizar, y de que nunca
disponer he podido ni un momento.

Jif. Señora, sosegaos, y estad cierta
de mi fé y obediencia. De este Imperio
vos sereis siempre el dueño soberano,
y si quiere Pharnace inspirar miedo,
á otra parte puede ir. Mas vos, Señora,
no sabeis todavia por entero
vuestras desgracias.

Mon. Que, Señor: ¿hay otra
que se reserve á mi infelice pecho?

Jif. Si es delito, Señora, el adoraros,
no es mi hermano Pharnace el solo reo,
y mas culpado que él soy yo mil veces.

Mon. Vos, Señor?

Jif. Si Señora. Este afan nuevo
podeis contar entre los mas horribles.
Invocad las potencias de los Cielos
contra una sangre odiosa é infelice
nacida solo para daño vuestro.
El padre y sus dos hijos os persiguen;
pero por mas pesares, mas tormentos
que tengais, en oir este infelice
amor fatal que de deciros vengo,
jamás vuestras desgracias las mas fieras
se podrán igualar à los violentos
martirios que he sufrido por callarlo.
No os figureis por esto que yo quiero
libraros del insulto de Pharnace
para imitarle el insolente exemplo
y en su lugar ponerme. No, Señora;
vos libre quereis ser, y yo pretendo
que seais arbitra siempre de vos misma.
Ya os dixe otra vez, y à decir vuelvo
que ni del, ni de mi pendereis nunca;
pero en fin quando os haya satisfecho
y que libre os mireis, ¿á que regiones
pretendeis dirigir los pasos vuestros?
¿será junto al pais que me obedece?
ò à clima mas distante y estrangero?
¿permitiréis que logre acompañaros?
¿habeis de ver con ojos tan severos
al que inocente está como al culpado?
por huir de mi rival, ¿iréis huyendo
de mi vista tambien? y de mi ciega
y rendida obediencia ¿será el premio
la cruel necesidad de resolverme
al barbaro tormento de no veros?

Mon. Ay, Señor! que decis?

Jif. Bella Monima:
Si el tiempo dá en amor algun derecho,
yo os vi, y os adoré, quando ninguno
veros habia logrado, y el intento
formé de unirme à vos con dulce lazo
quando vuestros encantos aun mui tiernos,
y de mi padre entonces ignorados,
reclusos siempre en el ogar paterno,
à vuestra madre solo se mostraban
si forzados despues, por un funesto
pero estrecho deber; mi amor se ha visto
obligado à ocultar su ardiente fuego;
¿no os acordais tambien quan pesaroso
me quexé de un deber tan duro y fiero?
¿no haceis memoria ya, que quando iba
á hacer ausencia de los ojos vuestros,
un profundo dolor, un triste llanto
el

el interprete fue de mis lamentos?
pero ay triste de mi! pues me apercibo
que yo soy solamente el que me acuerdo!
¡que infelice que ha sido el amor mio!
confesadlo, Señora, yo os renuevo
un sueño ya borrado de vuestra alma,
en el tiempo que yo de vos mui lexos
sin esperanza alguna de mi vuelta
fomentaba en mi pecho el mas violento
aunque infelice amor; ¿vos ya contenta
y resuelta del padre al Himeneo
no os afligia el padecer del hijo?

Mon. Ay misera de mi! que cruel tormento!

Jif. ¿Habeis compadecido un solo instante
mi afan y mi dolor?

Mon. Divino Cielo!
Principe.. no abuseis de mis desgracias..

Jif. Yo abusar! justos Dioses, quando vuelvo
á defenderos sin pediros nada,
sin nada pretender, y que resuelto
á serviros en todo resignado
os he dado palabra de poneros
en libertad, de no volver á verme?

Mon. Es quizá prometerme mas de aquello
que hacer podreis despues.

Jif. Pues que, Monima,
¿á pesar de mis muchos juramentos
vos dudais de mi fe? ¿creeis que abusando
del poder con que me hallo en este reino
á vuestra libertad limites ponga?
pero gente se acerca ácia este puesto.
Explicaos, Señora. Respondedme
siquiera una palabra á mi desvelo.

Mon. Libertadme, Señor, del cruel Pharnace:
y para que consienta siempre en veros,
nunca tendreis que usar de tiranias.

Jif. Ay Monima.

Mon. Pharnace ya está dentro.

SCENA III.

Monima, Jifarés y Pharnace.

Phar. Hasta quando, Señora, de mi padre
la venida esperais? cada momento
llegan nuevos testigos de su muerte
que condenan vuestro animo irresuelto.
Venid, huid de este clima tan salvage
que no os presenta con feroz aspecto
sino de esclavitud tristes señales.
Un pueblo sometido en otro Cielo
mas dulce, mas felíz, de vos mas digno,
os espera con ansia y con respeto.
El Ponto por su Reyna os reconoce,
y vuestras sienes desde largo tiempo
llevan ya la señal de soberana.
Esa banda real adorno bello
de vuestra hermosa frente es una prenda
que debe aseguraros este Imperio;
y siendo yo ahora dueño de este estado
que me dexa mi padre, soy quien debo
sus promesas cumplir; pero es preciso
que sin mas dilacion el Himeneo,
y la partida á un tiempo se executen:
nuestro interés, y mis amantes fuegos
lo están pidiendo ya; mis naves prontas
esperandoos están; vamos al templo,
y desde el mismo Altar subiendo á ellas
iréis ya soberana, y como dueño
de los mares que deben conduciros.

Mon. Muy grandes son, Señor los dones vuestros:
mas pues el tiempo estrecha y es preciso
qué una respuesta os dé; decidme luego
si podré por lo menos libremente
deciros mis secretos sentimientos.

Pharn. Monima puede todo lo que quiera:
y yo oiré quanto diga con respeto.

Mon. Creo, Señor, que ya soi conocida.
Epiro fue mi patria, y los abuelos
de que el origen traigo, ó fueron Reyes,
ó tan ilustres heroes que los Griegos
por sus heroicas inclitas virtudes
con mas aprecio que á los Reyes vieron.
Mithridates me vió: mi patria entonces
sugeta estaba á su felíz Imperio:
el se dignó de amarme, y la real banda
como prenda me envió de su Himeneo
Esta fue para toda mi familia
una suprema ley, y mi respeto
otro arbitrio no vió que la obediencia;
esclava coronada, partí luego,
dexandome guiar de mi destino.
El Rey que por entonces en el seno
de

de sus vastos estados me esperaba,
se vió forzado à dirigir muy presto
sus designios y pasos á otra parte;
y mientras en la guerra estaba atento
me mandó conducir á este parage
libre y distante del marcial estruendo.
Yo vine, y me mantengo todavia...
mas mi padre, Señor á caro precio
este honor infeliz á pagar vino;
porque de Roma fue primer troféo
Philopemen por padre de Monima,
pues por ser su hija yo, muerte le dieron.
Esto es, Señor, lo que deciros quise,
para que examineis si tener debo
el odio mas terrible contra Roma;
pero aun que la aborrezca, yo no tengo
exercito que pueda cotrastarla,
testigo inutil de sus crueles hechos:
me falta un cetro y tropas; solamente
tengo mi corazon: y quanto puedo
hacer en mi dolor, es guardar pura
la fè que debo á quien me diò el aliento;
y no manchar mis manos en su sangre,
tomando por mi esposo y por mi dueño
envilecida y vil, á quien aliado
está con los romanos.

Pharn. No os entiendo.
¿que decis de romanos y de alianzas?
¿quien dice que yo aliado esté con ellos?

Mon. Pues que podeis negarlo? ¿de q̃ modo
vinierais á ofrecerme aquellos reinos
y la entrada de un pais, á quien la guerra
y los romanos cercan, si el secreto
tratado que con ellos os ha unido
no os abriera las sendas y el Imperio?

Pharn. Yo os descubriera todas mis ideas
sincerando mi honor de este improperio
si vos misma dexando disimulos
me hablareis con un labio mas sincero:
mas Señora, juntando las diversas
escusas que me dais, á ver empiezo
vuestro oculto interés; y no es un padre
el que os inspira ahora estos consejos.

Jif. Tenga, Señor, la Reyna los motivos
que pudiera tener el labio vuestro,
no debe responder resueltamente.
Qué! podeis vacilar solo un momento
en el forzar contra la injusta Roma
toda la saña del ardor mas fiero?
hemos oido de un padre la desgracia:
¿y omisos en vengarlo, mas dispuestos
á ocupar su lugar, tan baxamente
nuestro honor y su sangre olvidaremos?
El ha muerto, Señor; ¿pero se sabe
si siquiera ha tenido aquel excelso
los funestos honores del sepulcro?
¿ni quien sabe tampoco si en el tiempo
en que de amor hablais, aquel Monarca
á quien todo el Oriente por sus hechos,
ultimo de sus Reyes apellida,
en sus estados misero yaciendo,
privado del asilo del sepulcro
y sin honor, rendido de los muertos
entre la obscura turba; alli no acusa
la barbara injusticia con que el Cielo
su real cadaver ultrajar permite,
la triste situacion, lugar funesto
y la ingrata vileza de sus hijos
que al oprobio de un Eroe tan excelso
no se atreben á dar justa venganza?
Ah Señor! no perdamos asi el tiempo:
del Bosphoro en la orilla y en el mundo
ha quedado algun Rei digno de serlo:
vé aqui nuestros aliados; prontamente
corramos à buscarlos, y con ellos
vivamos ò muramos si es preciso
como hijos del heroico padre nuestro.
Sobre todo aunque quiera reducirnos
la dulzura de amor; solo pensemos
en defender de yugo tan tirano
con nuestra libertad la de estos reynos,
y no en querer forzar los corazones
á que no se nos entreguen ellos mesmos.

Pharn. El conoce, Señora, vuestro gusto:
mirád si se engañaban mis recelos:
este es el interés tan poderoso
q̃ en vuestra alma domina con imperio:
este el padre y romanos que os obligan
á no admitir mi mano y mis afectos.

Jif. Yo ignoro de su pecho los arcanos:
mas si acaso pensara conocerlos,
como vos lo pensais, me sometiera,
y no la importunara con mis ruegos.

Pharn. Vos hicierais mui bien; pero yo hago

lo que hacer me conviene: vuestro exemplo
no es para mi una regla.
Jif. En este sitio
todos deben tomarla por modelo.
Pha. Eso podeis decir estando en Colcos.
Jif. En Colcos como aqui decirlo puedo.
Pharn. Aqui tal vez os costaria caro.

SCENA IV.

Monima, Pharnace, Jifarés y Phedima.

Phed. Principes, todo el mar está cubierto
de muchas naves; y de aqui à mui poco
las nuevas de su muerte desmintiendo
entrará en este puerto Mithridates.
Mon. Mithridates!
Jif. Mi padre!
Pharn. Oh Dios que es esto?
Phed. El mismo Rey para llegar mas pronto
se trasladó à navio mas ligero,
y presuroso se ha embarcado Arbate,
para ir à recibirle.
Jif. Santo Cielo!
¿que hemos echo Princesa? ¡suerte dura!
Mon. Principe à Dios. Que aviso tan funesto!

SCENA V.

Pharnace y Jifarés.

Pharn. Mi padre vuelve? ha perfida fortuna!
mi amor y vida están en grande riesgo.
Los romanos que espero vendrán tarde..
¿que puede pues hacer? Señor bien veo, *A Jifarés.*
que se aflige vuestra alma, y de Monima
he reparado los suspiros tiernos;
pero hablarémos de esto mas despacio,
pues mas urgentes é importantes riesgos
ahora ocuparnos deben. El Rey llega,
y vendrá como siempre muy severo.
Quando es mas infeliz, es mas terrible:
véd que nuestro peligro es mui estrecho:
los dos somos culpados, al Rey nunca
la amistad le desarma lo violento.
El con su propria sangre es mas furioso,
mas implacable Juez, y ya sabemos
como mandó terrible dar la muerte
à otros dos hijos, y por mucho menos.
Ah Jifarés! temamos por entrambos:
temamos por la Reyna, véd su riesgo:
yo la miro con ojos compasivos
por lo mismo que el Rei la adora tierno;
él violento en amar pero zeloso,
con violencia mayor siempre en su pecho
es el odio mas fuerte que el cariño:
vos no fieis tampoco en el afecto
que siempre os ha mostrado; pues su enojo
por la misma razon será mas fiero:
reflexionadlo bien de los soldados
vos teneis el favor, yo tambien cuento
con socorro que callo por ahora,
hermano, creedme, y sin perder mas tiempo
hagamonos los dueños de esta plaza
asi nuestro perdon conseguiremos,
sin que el padre à los hijos dé mas leyes
que las que recibir quisieren ellos.
Jif. Yo se, Señor, q̃ soy muy delinquente:
el caracter del Rei bien lo comprehendo;
y hai de mas contra mi todo el odioso
delito de mi madre. Con todo eso
sin que el amor me obligue à ser injusto,
quando mi padre viene, yo no tengo
mas armas que el respeto y la obediencia.
Pharn. Pues, Jifarés, cuidado, y á lo menos
que mutua fé se guarde entre nosotros:
vos sabeis mi secreto, yo se el vuestro:
el Rei que siempre es fertil en insidias,
todas nuestras palabras y conceptos
al examen pondrá: ya su costumbre
debeis vos conocer, y quanto es diestro
con afectadas perfidas caricias
en ocultar de su odio lo violento.
En fin vamosle à vér, pues es preciso;
pero, cumpliendo asi con el respeto,
cuidado, hermano, no nos descubramos,
y nuestras culpas ambos sepultemos.

* * * *
* * *
* *
*

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Monima y Phedima.

Phed. Aqui os estais, Señora, todavia,
quando se acerca el Rey, y que con ansia
van todos à la orilla à recibirle?
¿que es lo que haceis aqui? qual es la causa
qué puede deteneros? por ventura
no temeis ofender à un gran Monarca
que os adora, y que casi vuestro esposo...

Mon. Todavia no lo es, Phedima amada,
y mientras no lo sea, mi decoro
solo debe esperarle en esta sala.

Phe. Mas no es este un amante como todos?
pensad que es un gran Rey, que destinada
estais por vuestro padre à su Himeneo.
Que su mano real con esa banda
os dió ya de su fé prenda solemne,
y que es dueño por fin de consagrarla
en los altares siempre que quisiere:
Creedme, Señora, pues, y sin tardanza
id como todos van à recibirle.

Mon. Mira en que estado estoy! como insensenta
quieres que yo me muestre? vá este rostro
bañado en tantas lagrimas amargas
y lejos de ir à verle, tu debieras
decirme que de el siempre me ocultára,

Phed. Cielos ¿ que me decis!

Mon. Vuelta funesta
que me quita la vida! ay desdichada!
¿como podré á su vista presentarme?
llevando en mi cabeza su real vanda
y acá en el corazon... Phedima mia,
tu sabes la venganza que me mata.

Phed. Pues que? ¿volveis, Señora, á las angustias
q en la Grecia os costaron tantas ansias?
y el mismo Jifarés vuelve de nuevo
á inquietar vuestra vida?

Mon. Mi desgracia
es ahora mayor de lo que piensas.
En Jifarés entonces no miraba
mas que un Principe lleno de virtudes,
y cubierto de gloria la mas alta:
Mas no sabia yo que este Heroe mismo
encendido en la propia ardiente llama
de mi estaba tambien enamorado.

Phed. Señora, qué decis! el os amaba?
y este Heroe tan ilustre.

Mon. Es infelíze,
igualmente que yo soy desgraciada.
El me adora, Phedima, y las angustias
que aqui me destrozaban inhumanas,
le atormentaban á el en otra parte.

Phed. Pero sabe el secreto de vuestra alma?
sabe que vos le amais?

Mon. No, no Phedima,
los Dioses sostuvieron mi constancia.
Nada le dí á entender. Le hablé de modo
que no ha podido conocer mi llama.
Ah, ¡si supieras tu quanta violencia
quanto afan! quanta pena tan amarga
sufrió mi corazon por resistirse
y el silencio guardar, quantas batallas
¡qué combates en fin he sostenido!
Phedima mia, ya el valor me falta,
y no quiero otra vez volver á verle
á pesar de mi esfuerzo: si mirara
su dolor otra vez, yo no pudiera
tal vez disimular mis tiernas ansias.
Es verdad que de poco le sirviera
conocer mi pasion; porque tan cara
le vendiera esta dicha à mi decoro,
que mejor le estubiera el ignorarla.

Phed. Gente viene ácia aqui. ¿que haces Señora?

Mon. No me vean, partamos sin tardanza.

SCENA II.

Mithridates, Pharnace, Jifarés, Arbate y Guardias.

Mit. Principes, no; vuestras razones todas
vanas escusas son; pues à esta playa
nunca debierais dirigir los pasos,
ni abandonar en tales circunstancias
tu al Ponto, al Colcos tu: cuia defensa
à

á los dos encargó mi confianza:
muy presto habeis creido de mi muerte
la nueva por mi mismo derramada.
Pero en fin vuestro Juez no es inflexible,
es un padre que tierno á los dos ama:
que desea encontrarlos inocentes,
y que al Cielo le dá rendidas gracias
de que nos haya aqui juntado à todos.
Aunque vencido estoy, y me amenaza
un misero destino; con todo eso
se ocupa mi valor, y ya prepara
un designio que es digno de mi esfuerzo:
despues os lo diré: por ahora basta:
íd y dexadme reposar un rato.

SCENA III.

Mithridates y Arbates.

Mit. En fin despues de un año de tardanza
vuelve, Arbates, á verme. No como antes,
aquel feliz y prospero Monarca
que turbaba de Roma los destinos.
Yo fui vencido: de una noche opaca
que dexaba al valor muy poco campo;
Pompeyo tomar supo la ventaja.
Mis tropas sorprendidas en desorden,
casi desnudas todas y sin armas,
entre si mismas ciegas combatian
con las obscuras sombras engañadas.
Los gritos y el retumbo de las rocas,
añadian horror à la batalla
de un combate funesto y tenebroso.
Todo en fin los terrores inspiraba.
¿Que podia el valor en aquel caso?
unos mueren alli, á otros los salva
precipitada fuga, y aun yo mismo
de la vida á la noticia falsa
que esparcí con cuidado de mi muerte.
Por esconderme à mi fortuna airada,
corrí desconocido todo el Faso
y de alli penetrando las montañas
que el Caucaso rodean, en navios
que en el Euxino prontos me esperaban
junté los restos del disperso campo.
Vé aqui porque suceso, que desgracia
al Bosforo he venido, donde veo
que otras nuevas la suerte me prepara.
Yo vuelvo, amigo, todavia lleno
de mi violento amor: mi voráz llama,
aunque mi corazon no se alimente
mas que de sangre, de furores y armas,
á pesar de la carga de sus años,
y del feroz destino que le ultraja,
va arrastrando consigo aquel incendio,
en que arde por Monima: mi cruel rabia
no conoce mayores enemigos
que à dos hijos ingratos que aqui halla.

Arb. ¿A dos hijos, Señor?

Mit. Amigo, escucha:
á pesar de lo ardiente de mi saña
á Jifarés distingo de su hermano,
y sé que del primero la grande alma
á mis leyes sujeta; el odio mismo
que yo conservo à Roma, tambien guarda.
Veo que su valor me justifica
de la aficion con que mi pecho le ama,
se tambien con que arrojo quando supo
de su vil madre la traicion villana
la corrió á desmentir, y que se expuso
á mil peligros con accion bizarra.
Asi no creo ni á pensar me atrevo
que un hijo que es tan fiel me deshonrara.
¿Mas dime que motivo aqui los trajo?
por la Reina tal vez los dos se inflaman?
¿y á qual de ellos la Reyna corresponde?
¿yo mismo conque estilo debo hablarla?
responde; porque quiero antes de verla
que de todo me dés noticia exacta:
dime lo que ha pasado: lo que has visto:
que has podido advertir; y porque causa
te has rendido.

Arb. Señor, habrá ocho dias
que Pharnace ha llegado à estas murallas
con veloz impaciencia, authorizando
de vuestra muerte la noticia infausta;
quiso en la plaza ser introducido,
yo no quise cedér à sus instancias,
ni aun hubiera creido sus noticias
si despues Jifarés á su llegada,
mas que con su discurso, con su llanto,
no hubiera confirmado esta desgracia.

Mit. ¿Mas que hicieron en fin?

Arb. No bien Pharnace
se vió ya introducido en esta plaza

quando corrió à la Reina, y presuroso
la explicó su voráz, y ardiente llama:
la ofreció su himeneo, y con su mano
atar en su cabeza la real vanda
que ya de vos tenia recibida.

Mit. El infame! el traidor! ¿sin que dejára
que vertiera siquiera el llanto triste
que debia à mi amor y mi constancia?
mas su hermano::-

Arb. Su hermano, por lo menos
no ha descubierto amor ni alguna trama,
y siempre imitador de su gran padre,
solo respira ardor, ira y venganza.

Mit. Está bien: ¿mas qué causa, que motivo
le ha conducido aqui?

Arb. Señor, la causa
podreis saber despues.

Mit. Ahora la quiero:
dila, responde, que tu Rey lo manda.

Arb. Señor, lo que mi zelo ha penetrado
es, que el Principe cree que esta comarca
despues de vuestros dias à él le toca,
y que quizá temiendo aventurarla
se fió en su valor, y aqui ha venido
à apoyar su derecho con las armas.

Mit. Esto es lo menos que de mi se puede
prometer su lealtad, si el Cielo aguarda
á que un dia yo ordene de mi suerte.
Ahora respiro, Arbate, yo temblaba
(te lo confieso) tanto por un hijo
que me es querido, y tiene prendas tantas
como por mi tambien, que en él temia
perder todo mi apoyo y confianza,
y verme precisado à pesar mio
á combatir à sus virtudes raras.
Si Pharnace me ofende, este á mis iras
solo ofrece un ribal de alma tan baja
que secreto sequaz de los Romanos,
y alucinado de su infiel alianza,
nunca sino por fuerza se ha querido
declarar contra Roma, y si inflamada
en vil fuego Monima, en él coloca
el amor que le debe á mi constancia,
tiemble el reo que quiere seducirla:
¡ay de aquel desdichado que me ultraja!
¿mas lo ama ella?

Arb. Señor, viene la Reyna.

Mit. Justos Eternos Dioses! vuestra saña
me escuse este dolor: haced piadosos
que infelice no encuentre la desgracia
que á buscar voy yo mismo: vete amigo,
que la Reyna se acerca y quiero hablarla.

SCENA IV.

Mithdirates y Monima.

Mit. Al fin, Señor, el Cielo me permite
que á veros vuelva; y paraque á mis ansias
se le temple el dolor al amor mio,
os vuelve tan hermosa como amada.
Jamás imaginé que nuestras bodas
fuesen por tanto tiempo retardadas,
ni que mi vuelta misera y funesta
debiera presentar á vuestras plantas,
mas que mi amor mis tristes infortunios:
sin embargo, este amor tanto me halaga
que me obliga á buscar entre otras muchas,
que pudiera excojer la retirada
en donde vos estais; y si mi vuelta
no es para vos, Señora, una desgracia;
me serán dulces todas las que sufro:
ya podeis entenderme; asegurada
estais ya de mi amor y fè constante:
yo en vuestra frente veo esa real vanda
que os debe recordar de que sois mia.
Vamos pues desde luego y sin tardanza,
de nuestra fé se estreche el nudo,
que la gloria á otro Clima ya me llama:
asi sin dilacion ser quiero hoy mismo
vuestro esposo, y partir por la mañana.

Mon. Vos sois dueño, Señor, de mi obediencia,
que solo vuestras ordenes aguarda.
Los ilustres Autores de mi vida
han querido ceder á su Monarca
todo el poder que sobre mi tenian:
yo debo obedecerle resignada.

Mit. De manera, que vos ya estais dispuesta
á uniros en un yugo que os maltrata,

y al altar llegareis como infelice
victima al sacrificio destinada.
Yo entre tanto tirano de un afecto
que se presta á mi amor con repugnancia,
aun en el mismo tiempo que os posea,
nada os vendré á deber: ¿pensais que basta
á Mithridates esto? satisfecho
con el poder de violentar vuestra alma
perderá la ambicion de complaceros?
finalmente (decidlo) ¿mis desgracias
me han hecho á tanto extremo despreciable?
pues, Señora, sabed que mi constancia
quando para emprender nuevas conquistas
no tubiera ya abiertas las entradas,
vencido sin socorro, sin estados,
yendo de mar en mar como pirata,
mas que como gran Rey, y manteniendo
por unico favor, por sola alianza,
de Mithidrates el nombre, sabed digo,
que solo con mi nombre y con mi fama
del Universo fixaré los ojos:
que si es digno de serlo; no hay Monarca
que sentado en su trono no me envidie
por mayor que su gloria mi desgracia;
mi desgracia, á quien Roma y una guerra
quarenta años continuos prolongada
no han podido acabar, y vuestros ojos
de otro distinto modo me miraban,
si en vos misma viviera la memoria
de los hechos sublimes, las hazañas
de vuestros altos è inclitos abuelos:
á mas de esto, Señora, pues forzada
estais mi esposa á ser¿no era mas noble
lo que es obligacion hacerlo gracia?
¿oponer vuestro amor, vuestras finezas
al destino que barbaro me ultraja?
y asegurarme en fin contra la triste
natural infeliz desconfianza,
que siempre sigue cruel á el infortunio:
pero qué? muda estais? ¿ni una palabra
teneis que responderme? ¿mis razones,
mis ruegos y mi amor, de vos no alcanza,
mas que un mudo silencio? ¿en vez de hablarme
procurando calmar mi mortal ansia,
¿he de ver que á pesar de vuestro esfuerzo
ya el llanto por los ojos se os derrama?

Mon. ¿Por mis ojos, Señor? no hay llanto en ellos:
yo os obedezco pronta y resignada,
¿que no es esto explicarme claramente:
y no os basta, Señor?

Mit. No, no me basta:
ya os entiendo, Señora, ahora conozco
que me han dicho verdad; vuestras palabras
de confirmar acaban mis recelos:
veo que un hijo vil, un alma ingrata,
vencida del poder de vuestro encanto
os ha hablado de amor, y que vos blanda
escuchais sus afectos insolentes;
tambien veo que os pongo por su causa
en funestos temores, pero poco
podrá gozar el vil de dicha tanta,
porque si aqui mis leyes se obedecen
no volvereis á verle. Há de mis guardias:
llamen á Jifarés.

Mon. Dioses, qué escucho?
á Jifarés?

Mit. Señora, qué os espanta?
bien sé que Jifarés no me ha ofendido,
y la amistad con que mi pecho le ama,
satisfecha está de él; asi es inutil,
que penseis en buscar disculpas vanas:
mucho menos seria mi verguenza,
y tambien vuestra culpa si inflamára
á vuestro debil pecho este hijo mio,
digno de estimacion, lleno de fama.
Pero que un vil traidor, que solo tiene
valor para ofenderme, en quien no se halla
señal de honor, ni de virtud alguna:
que Pharnace por fin robado me haya
de vuestro corazon todo el afecto,
que él sea objeto de amor, y yo de saña:-

SCENA V.

Mithridates, Monima y Jifarés.

Mit. Ven hijo, ven, y mira que á tu padre
insulta otro hijo, pues con llama osada
sus afectos compite, y le asesina:
él adora á la Reyna, ella le ama,
y en fin traidor un corazon me roba,
que por fuerza à ser mio se consagra;
harto dichoso yo, de que no debo
acusar de pasion tan temeraria,
sino al pecho traidor del vil Pharnace:
si; amado Jifarés, que tu alma honrada
de una madre y hermano los exemplos
desmienta con conducta tan bizarra:
tu eres, hijo querido, la persona
en quien reposa toda mi esperanza;
tu el que escoji por digno compañero,
que serás heredero de mi casa,
y sobre todo, de mi ilustre nombre:
pero Pharnace, y mi ofendida llama
no ocupan por entero mis ideas:
un importante viaje que se abanza,
los navios que deben aprestarse
mis soldados en fin à quienes trata
mi ardor de persuadir á que me sigan,
me obligan à que ahora á verlos vaya:
tu cuida Jifarés de mi reposo,
impide las ideas temerarias
de un contendor infame y alevoso:
no dejes á la Reyna: por mi la habla:
y hazla si puede ser menos opuesta
al afecto de un Rey que la idolatra:
desviala, hijo mio, de que intente
hacer una eleccion poco acertada;
pues imparcial en esto tus razones
podrán mejor vencerla y ablandarla:
en fin ya mi flaqueza he descubierto
mas allá de lo justo: mas repara
que ella puede formar esta terneza
á que se cambie (que se yo) en cruel rabia,
de que si acáso llego á arrepentirme
será solo despues que esté vengada.

***

SCENA VI.

Monima y Jifarés.

Jif. ¿Qué es lo que oigo, Señora, y de que modo
he de escuchar un orden que no alcanza
á entender mi razon? podrá ser cierto
que de un ribal la suerte afortunada
su colera merece? ¿y es Pharnace
de tan fiero disgusto feliz causa?
Mon. Y qué es lo que oigo yo? divino Cielo!
Pharnace? el vil Pharnace ¿que no basta
que en este dia fatal á mis deseos
venga á quitarme toda la esperanza
de esclava desgraciada del decoro,
que la virtud y la razon me encargan?
¿Yo misma me sujete á eternas penas,
sin que tambien á mi dolor se añada
de un ultraje el baldon? que se atribuian
de Pharnace al amor mis tristes ansias:
y que por fin, se quiera que yo le ame
á pesar de las pruebas de mi saña?
no me ofendo del Rey, su ira le ciega:
ni él sabe los secretos de mi alma:
pero vos ¡ Jifarés? vos inhumano?
vos tambien me tratais con tanta infamia?
Jif. Ay Señora! escuchad á un triste amante,
cuya razon perdida y conturbada
vá á perder quanto adora en este mundo,
y él de verle prohibe la vengaza.
Mas Señora, mi padre se lamenta
de que un feliz ribal su amor contrasta
¿quién es el venturoso delinquente
de culpa tan felice como ingrata?
Mon. No querais, Jifarés, atormentaros,
sufrid vuestro destino con constancia,
sin que aumentarlo procureis vos mismo.
Jif. Conozco los tormentos que me aguardan:
como si fuera poco que mi padre
con la que adoro á desposarse vaya;
quiere tambien la suerte que yo sepa
que á otro ribal vuestros afectos aman,
que es el mayor dolor: mas ya es tan fiero

el despecho funesto de mi rabia
que aumentarlo procuro: asi, Señora,
decidme por piedad ¿qual es la causa
de vuestro llanto? ¿qué pasion amante
ha sido tan feliz, y afortunada
que ha logrado encenderos en su afecto?

Mon. ¿Tanto trabajo os cuesta adivinarla?
quando quise librarme de un insulto,
¿quien fué el recurso de mis tristes ansias?
¿à quien contra Pharnace di mis quejas?
¿qué amor en fin sin colera escuchaba?

Jif. O Cielos! yo seria ese dichoso?
apenas cabe tanto gozo en mi alma:
vos me habeis visto con benignos ojos?
¿vuestras lagrimas dulces, y adoradas
por mi han corrido?

Mon. Si: que ya no es tiempo
de usar de disimulo, y mis desgracias
sufren para callar mucha violencia;
sé que severa la virtud me manda
un estrecho silencio, y con todo eso
me determino à no ocultaros nada
por la primera vez y la postrera:
ha tiempo que me amais, y ahora os declara
mi corazon, que desde el mismo tiempo
se ha encendido por vos en igual llama:
acordaos del dia en que mis pocos
encantos inspiraron en vuestra alma
un amor à que no eran acrehedores:
recordad el placer de una esperanza
que muy poco duró: la pena horrible
en que os puso la nueva no esperada
de haberme ya escojido para esposa
vuestro padre: la barbara inhumana
precision de perderme, y los rigores
de mi virtud à todo resignada:
vos no podreis, Señor, hacer recuerdo,
ni contar vuestras tragicas desgracias
sin que tambien conteis mi triste historia,
y quando estube viendo esta mañana
vuestras dolientes quejas en secreto,
mi pecho repitió vuestras palabras.
Inutil y aun funesta simpatia,
perfecta union que con crueldad tirana
la suerte á desmentido, porque el Cielo
quiso con necio afan que se juntaran
dos tristes corazones, quando impio
uno para otro no los destinaba;
porque á pesar, Señor, del visto afecto
en que solo por vos se enciende mi alma
os digo para nunca repetirlo
que mi gloria me impele, que me arrastra
á aquel altar donde mi labio debe
jurar eterna fé sobre sus aras.
Veo que vuestros ojos se enterneceu::-
tambien lloro; pero esta mi desgracia::-
ya no soy mia, soy de vuestro padre:
y en esta idea que el honor me encarga:
me debeis sostener dandome auxilio
para arrojaros de mi debil alma.
Por lo menos espero que prudente
no me volvais á hablar de nuestras ansias;
ya os he dicho, Señor, lo suficiente
para que comprehender podais con quanta
razon debo imponeros ley tan dura.
Y pues que os hice confesion tan clara,
si me quereis probar que vuestro pecho
me ha querido con noble y pura llama,
solo lo lograreis por el empeño
que me hareis siempre ver en ocultarla.

Jif. ¡Ah que prueba de amor! Dioses eternos!
¿cómo del colmo de una suerte fausta
paso al mayor abismo de desdichas?
qué Señora! ¿mi estrella afortunada
ha logrado inspiraros ese afecto?
yo he sido tan feliz? mi aficion casta
ha interesado à vuestro amable pecho?
¿y vuestra mano à otro se consagra?
padre injusto y cruel: pero infelice!
en fin vuestro rigor ahora me manda
que de vos huya siempre, y el Rey quiere
que de vuestra presencia nunca parta:
Qué dirá pues?

Mon. No importa; obedecedme:
razon habrá para escusar la falta

de

de un Heroé como vos, este es el grande
el esfuerzo supremo que se aguarda:
todo lo que el amor mas industrioso,
inspira á las pasiones ordinarias
para hallar su placer, emplead altivo
en huir de este amor que de mi fama
puede ser un baldon, yo me conozco,
y sin duda mi vida se arriesgara:
ni toda mi virtud se atreve ahora
à tener de su esfuerzo confianza.
Yo sé que vuestra vista arrancar puede
un indigno suspiro de mi alma:
pero no menos sé que si depende
de vos hacer que siempre me sea grata
esta agradable y lisonjera idea;
vos no me impedireis el que agraviada
mi gloria de este amor no le castigue,
ni que mi misma mano pronta vaya
à arrancarle del intimo del pecho,
lavando con mi sangre tan vil mancha.
Pero qué ello lo que digo? en este instante
que ultimo debe ser; siento en el alma
un funesto placer que me detiene.
Mientras os hablo mas, mas deseara
(que debil soy) se fuera prolongando
el peligro cruel que me amenaza:
y de que mi razon huír procura;
pero ya esta violencia es necesario,
y sin que exponga en una despedida
lo poco que me queda de constancia:
à Dios, Señor, yo os huyo: haced lo mismo,
y que vuestra obediencia resignada
meresca todo el llanto que me cuesta.

SCENA VII.

Jifarés solo.

Jif. Ay Reyna! mas veloz de mi se aparta:
infeliz Jifarés, ¿que hacer pretendes?
consigues ser amado y la que te ama
es la que te abandona? mas ya mueras,
que su deber y el tuyo te lo mandan:
corramos pues; y hallemos en la muerte
el fin de tanta misera desgracia.
Mas primero observemos à Pharnace,
y si por fin debiere desposarla
uno de los ribales; mi respecto
solo dará à mi padre esta ventaja.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Mithridates, Jifarés, y Pharnace.

Mit. Venid, hijos, que ya ha llegado el
tiempo
en que voy mis designios à esplicaros,
pues que para emprenderlos solo falta
que á los dos los declare: ahora escu-
chadlos.
Yo fugitivo estoi, asi lo quiere
la crueldad enemiga de mis hados:
mas vosotros sabeis muy bien mi his-
toria
para pensar que tiempo dilatado
quiera en este desierto estar oculto,
ni esperar q̃ me busquen mis contrarios:
la guerra tal vez tiene sus favores,
y tal vez sus desgracias; al Romano
engañé muchas veces con la fuga,
fingí retroceder para buscarlo;
y mientras Roma à su sobervio pueblo
junto à un carro triunfal tenia ocupado,
mientras grababa en el acero duro
sus debiles ventajas, arrastrando
por sus calles la imagen de mis Reynos
que à su poder creía avasallarlos;
el Bosphoro me vió con imprevistos,
con rapidos aprestos, ir sacando
de sus pantanos barbaros è incultos
al terror; y que hechando à los Romanos
del Asia sorprehendida en un momento
desacia de un año sus trabajos:
los tiempos se han mudado, y es pre-
ciso
que se mude mi idea: fatigado
ya el oriente con guerras tan continuas
no puede sostener esfuerzos tantos.
Mas que nunca se miran sus campañas
desoladas llenas de Romanos,
à quienes nuestra perdida enriquece
á estos usurpadores nunca sacios
de los bienes de todas las naciones:
atrae à unos confines tan lejanos,
de los tesoros nuestros la noticia

y el terreno natal abandonando
á nuestra patria barbaros inundan.
Yo solo les resisto ; à mis aliados
cansados , ù oprimidos ya les pesa
de mi amistad funesta el triste cargo:
ya Pompeyo está solo con su nómbre
de qualesquier conquista asegurado:
es el terror del Asia. Y asi lejos
de quererle buscar , à Roma vamos.
Roma es adonde yo marchar pretendo;
veo que este designio os causa espanto,
y pensareis quizá que me lo inspira
un despecho atrevido y temerario:
os disculpo el error porque es dificil,
que estos proyectos sean aprobados
sin ser dichosamente concluidos.
Pero no os figureis que nos hallamos
separados de Roma con eternas
invencibles barreras, ni que al cabo
está del universo ; yo sé todos
los caminos que allá deben guiarnos:
y si una pronta muerte mis designios
no viene á interrumpir en el espacio
de tres meses no mas , os aseguro
que al pie del Capitolio he de llevaros:
¿dudais que navegando en el Euxino
en dos dias no llegue à los estados
en que el Danubio acaba su carrera?
¿Y que el Scita mi afecto , y fiel aliado
no me abra las entradas de la Europa?
acogido en sus puertos , nuestro campo
crecerá por instantes con sus tropas:
los Germanos , Panonios , y los Darios
todos un Gefe esperan que consiga
de tanta tirania libertarlos.
Ya sabeis como excitan mi venganza
los fieros Españoles y los Galos:
contra los muros de que fueron dueños;
mi pereza la Grecia está acusando
por sus Embaxadores : todos saben
que este feroz torrente sanguinario
al mundo inundará, si à mí me arrastra.
Asi queriendo redimir su estrago,
vereis que en el camino son mi guia,
y que à Italia siguiendo van mís pasos:
alli se encuentra mas que en otra parte
un espantoso horror contra el Romano,
y vereis à la Italia que aun humea
con la llama de aquel fuego incendiario,
que excitó por guardar noble y briosa
su libertad que vió ya vacilando.
No , hijos mios , no es solo en los confines
del mundo donde Roma ha recargado
el peso de sus barbaras cadenas,
que inspirando de cerca odios mas altos
sus mas crueles y fieros enemigos
á sus puertas los tiene muy cercanos.
Si por libertador han escogido
á un spartano que era vil esclavo,
infame gladiador ; con que osadia,
con que aliento tan noble y tan bizarro
se vendrán á alistar en las vanderas
de un victorioso ilustre soberano,
que hasta el gran Ciro cuenta sus abuelos,
y que al honor aspira de vengarlos:
¿cómo pensais hallar de Roma el suelo?
exausto de legiones : que empeñado
en oprimirme à todos sus guerreros
ha enviado á este confin ; ¿y que entre tanto
que ellos en perseguirme aqui se ocupan
quando aqui tienen todos sus soldados
me detendrán sus hijos y mugeres?
marchemos pues : y con resuelto paso
llevemosle la guerra , que su furia
à los estremos de la tierra ha enviado:
vamos á combatir en sus murallas,
á estos conquistadores inhumanos
que tiemblen una vez por sus hogares:
Aníbal lo ha predicho , declarando
que los Romanos no serán vencidos
sino en la misma Roma : allá pues vamos;
en su vertida sangre la aneguemos,
y el Capitolio infame destrozando,
deshagamos la afrenta de cien Reyes:
borremos con las armas en las manos
todos los nombres que la altiva Roma
á una ignominia eterna ha consagrado:
este es , queridos hijos , el deseo,
y la sola ambicion de mi conato.
Pero no imagineis, que quando ausente
debo yo estar de el Asia, á los Romanos
deje que la posean quietamente;

ya

ya les he prevenido un gran contrario:
pues quiero que rodeada de enemigos
llame á Pompeyo á su socorro en vano:
en ser el subcesor en mis furores
ha consentido ya el invicto Parto;
se une conmigo en odio y en familia,
y por esto á pedir me ha enviado
un hijo para yerno: á ti Pharnace,
este sublime honor está aguardando.
Anda pues á obtenerle, y sin demora
vé á ser de su hija esposo afortunado.
Yo quiero que la Aurora de mañana
descubra al levantarse ya cortando
mis naves á las ondas: y pues nada
tienes que hacer aqui, vé sin retardo:
merece con tu pronta diligencia
mi eleccion y concluye este contrato:
quando á pasar por el Eufrates vuelvas
el Asia vea en tu animo gallardo
un Mithridates nuevo, y que la fama
tus heroicas hazañas publicando,
siga mis huellas,y me alcanze en Roma.

Pharn. Señor, no se ocultar mi grande espanto:
atonito hos escucho este designio:
yo lo admiro, Señor, nunca mas alto,
mas digno pensamiento poner pudo
las armas de un vencido entre las manos;
sobre todo, me asombra vuestro invicto
ardiente corazon nunca cansado,
que parece recobra nueva fuerza
á pesar del destino y de los años:
Mas no obstante, Señor, (si acaso puedo
hablar con libertad) ¿os veis forzado
á recurrir á paso tan extremo?
¿Porque haceis en países tan lejanos
un inutil esfuerzo, si aqui mismo
vuestros Reynos os dán asilos tantos?
¿porque habeis de correr tantos peligros?
¿porque quereis sufrir tantos trabajos
dignos solo de un Jefe de vandidos.
no de un grande glorioso Soberano
que veia sus leyes respetadas,
que sundaba su Reino en treinta Estados,
y cuyas ruínas mismas son ahora
un Imperio florido y dilatado?
¿pero despues de todo, ¿estais crey...
que son Heroes, Señor, vuestros s...dos?
¿pensais que sus vulgares corazo...
que no desean ya sino el descans...
despues de una derrota, y una fu...
quieran ahora pasar à Cielo estr...
à buscar una muerte desastrada?
¿si son vencidos en el suelo patrio
podrán resistir mas en suelo ageno
de un vencedor furioso los asaltos?
¿acaso les será este menos fiero,
quando en el patrio muro esté cer...
y combata à la vista de sus lares?
decir tambien que os solicita el Pa...
y os ha pedido un hijo para yerno
¿pero este Parto que era nuestro ali...
quando todos estaban por nosotros
se dignará, Señor, de hacerse carg...
de un yerno sin apoyo? ¿iré yo mi...
à presentarme humilde y constern...
hecho el oprobrio de la suerte inju...
à probar la constancia de los part...
y tal vez à exponer poco prudente
por fruto de un designio aventu...
vuestro nombre al desprecio de su ...te?
y por fin, si ceder es necesario,
si contra el uso nuestro es ya pre...
del ruego à la bajeza sujetarnos,
sin que yo vaya suplicar humilde,
y sin que vos, Señor, à Soberano...
menos grandes que vos pidais socor...
¿no tendremos caminos mas honra...
busquemos à los mismos vencedor...
vamonos á arrojar entre los brazos
que con gusto, y abiertos nos esp...
los furores de Roma apaciguados
facilmente podrán::-

Jif. Cielos, de Roma?
¿qué es lo que proponeis, querido ...mano?
¿quereis que el Rey se abata y envil...ca,
que desmienta en un dia todo el la...
de su gloriosa vida: que se fie
de...

de los injustos pérfidos Romanos,
y que reciba un yugo vergonzoso
de que por ocho lustros continuados
á los Reyes de Asia ha defendido?
no Señor, continuad, que aunque del hado
sentis todo el rigor, vuestra esperanza
vencerá de la guerra los acasos.
Roma persigue en vos á un enemigo,
para ella mas fatal, de mayor daño
que lo ha sido Anibal, ni fuera cuerdo
estando con su sangre salpicado,
esperar de su aleve tirania
mas que falsos y pérfidos engaños.
Mas, Señor, no es razon que á otros peligros
vuelva á exponerse vuestro heroico brazo:
vos no debeis correr de clima en clima,
ni á sus varias naciones ir mostrando
al grande Mithridates ya vencido:
sin tardanza, Señor, debeis vengaros;
quemad el Capitolio, y en cenizas
ponga á Roma voráz fuego incendiario.
Pero mandad que lleven aquel fuego
otras manos mas jovenes; y en tanto
que á Pharnace tendrá ocupado el Asia;
honradme á mi, Señor, con este cargo:
vuestras ordenes dad, y permitidnos
que de vuestro alto nombre acompañados
hagamos ver que somos vuestros hijos:
dignaos de enviar por nuestras manos
este incendio que abrase á todo el mundo:
y sin salir del Bosforo en que estamos
ocupad la extension del Universo:
que estrechos y oprimidos los Romanos
desde un extremo al otro de la tierra,
siempre con vuestras armas fatigados
no sepan donde estais, y siempre os hallen:
si lo mandais, en este instante parto:
las razones que deben deteneros
á mi impeler me deben; y si acaso
excede á mi valor tan alta empresa
conviene á mi despecho: quiera el hado
que asi consiga el fin de mis dolores.
Yo iré; yo borraré con este brazo
la culpa de mi madre: aqui me pongo,
Señor, á vuestros pies avergonzado
de mirarme hijo indigno de tal padre;
lavar debe mi sangre el vil reato
de tan odiosa mancha: mas yo busco
una muerte que sirva á vuestro lauro:
y Roma está mejor, mas digna tumba
para un hijo deseoso de imitaros.

Mit. No hablemos, hijo mas de los delitos
de una madre traidora que he olvidado:
de ti estoi satisfecho: sé tu zelo,
ni puedes padecer algun quebranto
que no padezca yo; ven tu conmigo,
porque ya nada debe separarnos:
tu Pharnace disponte á obedecerme:
los navios te quedan esperando,
y el sequito que debe acompañarte.
Arbate irá contigo, y le he mandado,
que de todo me informe por extenso:
anda pues, hijo, y siempre recordando
el honor de tus inclitos abuelos:
por despedida ven: dame los brazos.

Pharn. Señor.

Mit. Ya oisteis lo que tengo dicho;
obedece, Pharnace: no mi labio
te repita las cosas muchas veces.

Pharn. Si fuera menester para agradaros,
me veriais mas firme que ninguno
á la muerte correr precipitado:
permitidme á lo menos que yo muera,
Señor, á vuestros ojos peleando.

Mit. Ya te ha dicho mi voz que partas luego,
y pasando este instante::- vé volando:
si me replicas mas estás perdido.

Pharn. Señor, aun que ya viera preparados
mil terribles suplicios no pudiera
resolverme à partir, ni à dár la mano
à una muger que nunca he conocido:
en lo demás à todo resignado::-

Mit. Ah vil! aqui mi saña te esperaba:
tu no puedes partir? pérfido! ingrato!
ya te entiendo, y conozco las razones
porque estás la partida reusando.

¿Sientes abandonar tu vil conquista?
Monima te detiene ; y tu malvado;
tu delinquente amor , vil pretendia
quitarmela à mi mismo de los brazos.
Ni el ardor con que sabes que la adoro,
ni este sagrado asilo en que la guardo,
ni mi corona ya en su frente puesta,
ni en fin de mis furores el estrago
han podido traidor intimidarte:
vil! infame! tus pérfidos contratos
con el Romano no te han parecido
bastante prueba de tu desacato.
Has querido tambien juntar ahora
este barbaro amor , amor insano
para ser el oprobio de mis dias.
Lejos de arrepentirte estoy mirando
en tu pérfido rostro mil señales,
que mas que tu rubor muestran tu enfado;
y ya quisieras irte por perderme,
y entregarme traidor à los Romanos:
pero antes de partirme haré justicia.

SCENA II.

Mithridates , Pharnace , Jifarés y Guardias.

Mit. Ola , Guardias , prendedle , y custodiadlo
en una obscura torre , que de vista
nunca puedan perderle mis soldados.

Pharn. Y bien , Señor , sin afectar ahora
una falsa inocencia , yo os declaro
el que mi amor merece vuestra saña:
yo la adoro , es verdad , yo la idolatro,
y os dieron de mi amor aviso cierto:
mas todo Jifarés no os lo ha contado:
esa es la menor parte de un secreto
que pudo descubriros su fiel labio:
debió decir tambien que él igualmente
sintiendo el propio ardor , ha tiempo largo
que ama à la Reyna , y es correspondido.

*** ***
***

SCENA III.

Mithridates y Jifarés.

Jif. Señor , creereis de mi que tan osado
sea mi amante afecto::-

Mit. No , hijo mio;
ya conozco el vil genio de tu hermano:
el Cielo me preserve , de que nunca
pueda yo sospechar que tan mal pago
quieras dár à mis muchos beneficios:
que un hijo que fué siempre el dulce encanto,
el placer de mi vida ahora traspase
el corazon que un padre le ha confiado.
No , yo no lo creeré : anda pues , hijo,
preparate à seguirme , que ya parto.

SCENA IV.

Mithridates solo.

Mit. No, yo no lo creeré? ¡vana esperanza
que lisonjearme quiere! ¡demasiado
lo creen tus zelos , triste Mithridates!
Jifarés mi rival! ¡y á sus halagos
corresponde la Reyna! asi me engañan?
qué es esto Santo Dios! ¿por todos lados
veré que para mi desaparecen
el honor , y la fé de los humanos?
en otras partes todo me abandona,
¿y aqui me hace traícion quanto yo amo?
Pharnace , mis Amigos , mi querida,
y aquel hijo tambien? ¿el hijo amado
cuya virtud sublime consolaba
mi misero infortunio? pero qué hablo?
¿no conozco yo al pérfido Pharnace?
¿qué imprudencia es la mia? debo acaso
dár fé tan de ligero á este furioso
que tiene vil envidia de su hermano,
y que ya despechado fingir quiere
que hay otros reos por ponerse en salvo?
No , no creamos nada. Examinemos,
y miremoslo todo muy despacio.
Mas como he de empezar? ¿quien podrá darme

pa-

para instruirme los medios necesarios?
qué testigos? qué indicios? ò que pruebas
me pueden alumbrar en este caso?
ahora me inspira el Cielo un artificio.
Que se llame á la Reyna: de su labio
lo pretendo saber: este testigo
es el mejor; que un pecho enamorado
cree facilmente aquello que le adula.
¿Quien mejor que la ingrata de mi agravio
me puede luces dar? pues que ella misma
me descubra engañada á este malvado,
y si de mi no es digno este artificio,
á lo menos lo es de ellos: seamos falsos
con quien traícion nos hace tan horrible,
que para descubrir su infame trato,
medio no debe haber... pero ya viene;
finjamos, y su pecho lisonjeando
con agradables falsas esperanzas,
con una astucia la verdad sepamos.

SCENA V.

Mithridates y Monima.

Mit. Señora, ya mis ojos se han abierto,
y me hago mas justicia: veo claro
que es haceros un triste sacrificio
el querer presentaros por mi mano
toda la edad, y todas las desgracias
que mi suerte infelice va arrastrando.
Otra vez la fortuna y las victorias
podian ocultar mi pelo cano,
con el claro explendor de mis coronas,
pero pasó ese tiempo, y se ha mudado.
Era entonces Monarca victorioso,
y ahora estoy fugitivo. De mis años
ya el numero es mayor, y mi semblante
de tanta real diadema despojado,
dexa ver sin estorvo los ultrajes
del tiempo que lo ha ido marchitando.
Por otra parte mil designios graves
ocupan mi atencion. Ya de mi campo
escuchais el rumor, con que veloces
están nuestra partida procurando.
De mis navios he salido apenas,
y es fuerza que otra vez vuelva á ocuparlos;
¡qué tiempo tan impropio el de una fuga
para hacer una boda! y como osado
pretender os unais á mi destino,
quando muertes y guerra estoi buscando!
Mas, Señora, es preciso que en Pharnace
no vuelva ya á pensar vuestro cuydado:
quando yo mismo á la razon me rindo,
que cada uno se rinda es necesario.
Y no quiero que un hijo aborrecido,
que poco ha para siempre he desterrado,
logrando aqueste amor de que me privo,
os haga ser aliada del Romano.
Mi trono os he debido, lo conozco;
y lexos de que de él quiera privaros,
á él os haré subir antes que parta,
si os dignais de aceptar otra fiel mano,
si consentis que un hijo objeto digno
de mi amor, mas ferviente y empeñado,
que Jifarés en fin ser consiguiendo
vuestro esposo, me vengue de su hermano,
y á mi tambien con vos me desempeñe.
Mon. Quién? Jifarés, Señor?
Mit. Si; mi hijo amado.
¿Porque os turbais al escuchar su nombre?
¿hallais que mi designio sea estraño?
¿por ventura lo veis con algun odio?
qué no podeis vencer? pues yo os declaro,
que Jifarés es otro Mithridates,
que es un hijo sumiso á quien yo amo,
de Roma el enemigo mas terrible,
heredero y apoyo de este estado,
y de un ilustre nombre que en él nace,
asi á pesar de los intentos vagos,
que lisonjear á vuestro amor pretendan;
yo no os puedo poner en otras manos.
Mon. O Cielos! qué decis? será posible
que querais permitir... pero qué hago?

¿porque quereis, Señor, asi probarme?
tened piedad; no deis tormento tanto
à una infeliz muger: yo sé que solo
el Cielo para vos me ha destinado,
que la victima espera en los altares,
y debe unirnos un eterno lazo.
Asi vamos, Señor.

Mit. En fin ya veo
que à pesar de la fuerza que me hago,
os quereis conservar para Pharnace,
y que el odio cruel, odio tirano,
conque me vé vuestra alma, por el padre
está tambien al hijo detestando.

Mon. Yo lo detexto? ò Dios!

Mit. Pues bien, Señora,
à hablar en el asunto no volvamos;
seguid ardiendo en tan indigna llama;
que Jifarés y yo luego nos vamos
à buscar en los terminos del mundo
una gloriosa muerte. Vos en tanto
quedaos con Pharnace en este sitio,
y vendedle tambien à los Romanos,
de vuestro padre la infelice sangre,
que yo no puedo mas castigo daros;
y asi sin cuidar mas de nuestra gloria,
à vos misma resuelvo abandonaros,
y si puedo, poneros en olvido.
Vamos, Señora, pues, porque casaros
quiero en este momento con Pharnace.

Mon. Primero me castigue el Cielo airado
con mil horribles y espantosas muertes.

Mit. Ya eso es inutil: resistis en vano,
pues que conozco el disimulo vuestro.

Mon. ¡À qué dificil y terrible paso
me reducis, Señor! mas finalmente
quiere mi buena fé credito daros:
ni puedo imaginar que tanto tiempo
deba forzarse un grande Soberano
à fingir de este modo: él Cielo sabe
que sin mas ambicion que el agradaros;
mi alma estaba à su suerte abandonada,
y si alguna flaqueza habia logrado
inquietar mi virtud, no era Pharnace
el que podia merecer mi llanto.
Ese hijo sometido y victorioso
que vos favoreceis, ese traslado,
tan parecida imagen de su padre,
ese ardiente enemigo del Romano,
ese otro Mithridates, finalmente
el mismo Jifarés que vuestro labio
pretende persuadirme à que yo le ame:

Mit. ¿Y bien le amais?

Mon. Señor, quando los hados
no me hubieran piadosos sometido
á vuestro solo Imperio Soberano,
me creyera felize, si mi esposo
me fuera permitido apellidarlo:
antes que vuestro amor me remitiese
esta real Diadema ya inflamados
nosotros en amor: ¿pero qué es esto,
Señor? ¿vuestro semblante se ha alterado?

Mit. No, Señora. Está bien; haré que en breve
à veros vaya, y ahora es necesario
no perder un instante. Ya dispuesta
os veo à obedecer este mandato,
y esto solo me basta: estoi contento.

Mon. Divino Cielo! me habré yo engañado?

SCENA VI.

Mithridates.

Mit. Ellos se amaban? perfidos traidores
vé aqui como de mi se están burlando.
Pero hijo, ingrato y vil, hijo alevoso!
yo daré á tu traicion un digno pago;
tu morirás. No ignoro que tu fama
y tus falsas virtudes han logrado
mis tropas seducir; pero no importa:
mi golpes sabrán ir bien acertados;
haré que de aqui partan tus sequaces
valiendome de algun pretexto falso,
y que solo me queden tropas fieles:
vamos pues, y con artes ocultando
mi justa indignacion, disimulemos
del mismo modo que hemos empezado.



AC-

ACTO QUARTO.

SCENA I.

Monima y Phedima.

Mon. Phedima mia, en nombre de los Dioses
ház lo que te he pedido: vé allá fuera
á saber lo que pasa, y vuelve presto.
Yo no sé, pero mi alma siempre inquieta,
no puede sosegar, y me destrozan
este pecho infeliz muchas sospechas.
¡Quanto el Principe tarda! ¿porque ahora
no viene á verme, quando ya tolera
sus deseos el padre? este me dixo
al tiempo de partir que á mi presencia
haria que viniese en un momento.
Pero quizá ha fingido, y yo debiera
ocultarselo todo... mas que digo?...
el Rey ahora fingiendo?... ¡y yo indiscreta
descubriendo mi oculto pensamiento!
Dioses! ¿será verdad lo que recela
mi triste corazon? ¿será posible
que mi pasion muy facil y ligera
haya podido torpe, è importuna,
sacrificar mi amante à su violencia?
¡ay Principe querido! quando ardiendo
en la llama mas pura, en la mas bella,
querias arrancarme mi secreto,
le he sabido ocultar con entereza,
¿y ahora que tu padre cauteloso
porque ya desconfiado cruel me prueba,
ahora que tu vida está en peligro,
yo le descubro facil mi terneza?
¿yo me dexo engañar credulamente?
¿y paraque su furia mejor viera
con mi mano tu pecho le señalo?
Phed. Ah! no le hagais, Señora, tanta ofensa:
¿un Rey tan grande puede envilecerse
descendiendo á tan perfida bajeza?
¿como él fuera á fingir tan vil engaño?
él mismo vió que ya pronta y dispuesta
le ibas acompañando á los altares.
Ni á un hijo á quien estima con terneza,
querrá perder tirano; los efectos
corresponden ahora á las promesas.
El os dijo, Señora, que un designio
muy grave le obligaba á que por fuerza
se ausentase de vos por la mañana,
sin duda esto le ocupa, y ahora abrevia
los aprestos del viaje que apresura,
y que en la playa por si mismo ordena;
dispone que se embarquen sus soldados,
y Jifarés le ayuda en sus faenas:
¿es esta la conducta de un furioso,
de un rival enemigo que desea
vengarse de los dos? ¿en esto hai algo
que desmentir à sus discursos pueda?
Mon. Pero Pharnace todavia preso.
En él halla el rigor y la dureza
de un furioso rival: ¿crees tu, Phedima
que trate á Jifarés de otra manera?
Phed. En Pharnace, Señora, no castiga
sino la infame perfida cautela,
con que es traidor sequaz de los Romanos,
sin que parte el amor en esto tenga.
Mon. Amiga, yo me rindo á tus razones,
ellas calman un poco la tormenta
que mi pecho padece, mas con todo
Jifarés aun no viene á mi presencia.
Phed. Vano error de los miseros amantes,
que llenos de su amor y su terneza,
quieren que todo ceda á sus placeres,
y encendiendose en colera violenta
al estorvo menor...
Mon. Pero Phedima!
¿quien podrá concebir esta estrañeza?
que, ¿despues de dos años de congoxas,
de disgustos y de ansias tan severas,
por la primera vez respirar puedo?
que, Jifarés? ¿será verdad que sea
ya tuya para siempre? ¿y sin el susto
de que tu vida con mi amor se arriesga?
mi virtud y la tuya aprobar pueden
este amor que ha sufrido tantas penas,
y ya podré por fin siempre decirte
quan-

quanto te adora mi pasion extrema:
¿pero porque motivo tardas tanto?

SCENA II.

Monima, Jifarés y Phedima.

Mon. Señor, de vos hablaba, pues que inquieta
deseaba que vinieseis por deciros...
Jif. Y yo, Señora, por la vez postrera,
me vengo á despedir.
Mon. A despediros?
Jif. Y para siempre. El hado asi lo ordena.
Mon. ¿Qué es lo que oigo? poco ha que me decian...
pero ay! temo que todo engaño sea.
Jif. Yo no sé que enemigo descubriendo
de nuestras almas la pasion secreta
nos vendió, y me ha perdido. El Rey que solo
de Pharnace tenia las sospechas,
sabe ya quanto pasa entre nosotros:
el finge, me acaricia y lisongea,
pero yo que criado de continuo,
y desde mi niñéz le he estado cerca;
conozco sus internos movimientos,
ya en sus ojos he visto su violencia;
él se apresura, y hace diligente
partir á mis parciales, que pudieran
excitar un tumulto por mi causa,
y lo que mas á mi animo consterna,
fué una palabra que me dixo Arbate.
Este amigo en secreto á mi se llega,
y me dice: Señor, todo se sabe;
procuraos salvar con diligencia:
me hace temblar discurso tan terrible,
por el peligro de mi amable Reyna,
y por esto he venido á suplicaros
que cedais al destino por vos mesma.
Aqui estais dependiendo de una dura,
de una violenta mano, á quien no arredra
la sangre mas querida: ay! yo no puedo
deciros á que extremo de fiereza
arrebatan los zelos á mi padre:
permita el Cielo que de su ira ciega
yo sea objeto solo, y que contento,
con hacerme morir juraros quiera:
dignaos de admitir este consejo:
no le irriteis con esquiveces nuevas;
quanto menos le amais, es necesario
que mas se esfuerze vuestra complacencia:
violentaos; pensad en que es mi padre,
y vivid venturosa, que no anhela
mi corazon sino á que mi desgracia,
solo os pueda costar lagrimas tiernas.
Mon. Ay Principe infeliz! yo soy la causa...
Jif. No os imputeis, magnanima Princesa,
el barbaro destino que me oprime
con ira tan tenáz y tan violenta.
Yo soy un desgraciado á quien persigue
una suerte infeliz, que siempre terca,
la amistad de mi padre me ha robado,
que lo ha hecho mi rival, y quien creyera
me ha sucitado un enemigo oculto,
que descubriendo nuestro amor me pierda.
Mon. Y que, ¿no conoceis al enemigo
que nos ha descubierto?
Jif. Porque crezca
mi tirano dolor, no le conozco:
pues yo me consolára si pudiera
antes de fallecer traspasar fiero
el corazon infame, la vil lengua
que nos hizo traícion tan detestable.
Mon. Pues bien, Señor, es justo que mesma
os lo haga conocer: no esté buscando
ese vil corazon vuestra impaciencia
el mio traspasad: ningun respeto
os debe detener: yo soi la rea,
yo soi ese enemigo; y á mi sola
debe el castigo dar la saña vuestra.
Jif. Qué decis?
Mon. Ay Señor, si hubierais visto
con que arte seductor, con que destreza
vuestro padre á mi amor ha sorprendido;
¡qué amistad tan ferviente y tan sincera

su-

supo por vos fingir! como me dixo
que su alma quedaria muy contenta
si pudiera por fin veros mi esposo:
¿quien no lo hubiera creído? quien no hubiera...
pero no: que mi amor mas advertido
no debia finarse en la cautela
de su bondad aleve y engañosa.
Los Dioses que me vieron con clemencia,
y que yo entendí mal, con sus avisos
tres veces contubieron á mi lengua:
yo debia seguir del mismo modo,
yo debia prudente y circunspecta...
que sé yo? finalmente yo debia
seros menos fatal, menos funesta;
mi cruel facilidad os ha perdido,
y quando vos me perdoneis la ofensa,
yo sabré rigorosa castigarme.

Xif. Qué, Señora, sois vos? vuestra fineza
es la que me descubre: vuestro afecto,
nuestro amante secreto manifiesta,
¿y os disculpais de hacerme tan felice?
mi alma llena de amor, de gloria llena,
irá á morir sabiendo consolada
que os guia al solio suerte mas risueña.
Haced pues voluntario este himeneo,
y elevaos al trono que os espera.

Mon. ¿Y vos me aconsejais que me despose
con un tirano que mi muerte ordena?

Xif. Hoy mismo á sus deseos sometida,
ibais á ser su esposa, muy resuelta
á no volverme á ver.

Mon. Si, pero entonces
no conocí sus perfidas cautelas:
¿quisierais que despues de haberos visto
hecho despojo de su saña fiera,
yo siguiese á ese monstruo á los altares?
¿y que mi triste mano á poner fuera
en su mano cruel que todavia
viera teñida con la sangre vuestra?
dexad eso, Señor, y cuidad solo
de evitar de sus iras la violencia
sin perder aqui el tiempo en persuadirme:
el partido que mi alma tomar deba
me lo sabrá inspirar piadoso el Cielo.
Ydos pues: que el tirano no os sorprenda
conmigo... mas qué escucho? gente viene;
salid presto, corred, y no resuelva
vuestro amor sin saber de mi destino.

SCENA III.

Monima y Phedima.

Phed. De qué riesgo, Señora, ha estado cerca
el Rey es el que viene.

Mon. Anda, Phedima,
anda á ayudarle, y que ninguno vea
que ha salido de aqui: no le abandones,
y dile, amiga, tu, que hasta que sepa
de mi suerte, no ordene de la suya.

SCENA IV.

Mithridates y Monima.

Mit. Vamos, Señora, vamos con presteza,
que debe apresurarse mi partida,
y en tanto que mis tropas ya dispuestas
á seguir á su Rey en mis navios,
embarcandose van con diligencia;
venid vos al altar que ya os aguarda,
donde cumpliendo todas mis promesas
nos ate al fin amor con lazo eterno.

Mon ¿A nosotros, Señor?

Mit. ¿Y qué estrañeza
os debe eso causar?

Mon. ¿Pero ahora poco
no me ha explicado vuestra boca mesma,
que no pensase mas en esta boda?

Mit. Tube entonces razones que ya cesan.
Asi solo mirád que vuestra mano
es mia, y de mi amor debida prenda.

Mon. Pues Señor, ¿paraque me la habeis vuelto?

Mit. Y que, siempre obstinada, siempre terca

en el indigno amor de un hijo ingrato.
Mon. No es posible, Señor, que lo comprehenda;
¿por ventura me hubierais engañado?
Mit. ¿Y cómo vos me hablais de esa manera?
vos que infieles favores fomentando,
quando os elevo à la mayor grandeza
me pagais esta accion con prepararme
la traicion mas infame, y la mas negra
alma perjura y falsa, conjurada
contra mi gloria mas que Roma entera.
Que, ¿ya no haceis memoria de que altura
ha dignado bajarse mi terneza
para elevaros à un sublime trono
que vuestra vista deslumbrar debiera?
no me mireis, ingrata, solamente
como ahora estoi sin Reynos, ni riquezas;
vedme como antes grande y respetado.
Acordaos del ansia y pasion tierna,
con que en Epheso os quise, y como supe
poner á vuestros pies muchas Diademas.
Ah, tirana! si os hizo desde entonces
insensible á mi amor y á mis promesas,
otro amor mas feliz, ¿porque motivo
aceptasteis benigna mis ofertas?
¿porque antes de partir habeis callado?
¿esperabais acaso que no hubiera
mas que á vos que pudiera consolarme,
y quando quiero que en sus sombras negras
el olvido sepulte estas injurias,
quando intentó ocultarme esta funesta
y dolorosa imagen, ¿vos altiva
venis á recordarme mi verguenza?
¿vos me acusais, y soi el ofendido?
pero ya viendo estoi que os lisongea
una loca esperanza todavia.
Santo Cielo! á que extremo de miseria
me reduces: ¿qué encanto ha detenido
mi indignacion, que siempre es tan severa
tan rapida y feroz en el castigo?
Señora, aprovechad de la clemencia
que os ofrece mi amor: al altar vamos,
que ya os lo digo por la vez pos
No os expongais á inutiles pelig
por un hijo insolente. Y estad ci
no volverá á ponerse á vuestra vi
Asi sin obstinaros tan proterva
en guardarle una fé que me es de
su memoria olvidad: y el alma vu
sensible solamente al amor mio,
merezca ya el perdon de tanta of
Mon. Yo no olvido, Señor, quantos
tivos
de fé, de gratitud, de reverencia
me deben sugetar á vuestras leye
que aunque otras veces hayan con
demas
ilustrado sus sienes mis abuelos,
esta gloria de mi tanto se aleja,
que ya no alcanza á deslumbrar
ojos
y yo no salgo de mi justa esphera.
Me acuerdo con respeto quan dist
he nacido, Señor, de las grandez
que este ilustre himeneo me ofre
y á pesar de mi amor y las prime
ideas que formé á favor de un hijo
que despues de su padre, á quien res
es el mayor de todos los humanos,
desde aquel dia en que por orden v
tra,
en mi frente se puso esta real va
al Principe y á mi renuncie auster
En el designio de sacrificaros
convenimos los dos de inteligencia,
y por mi orden distante de mis
á olvidarme corria con presteza:
nuestro ferviente amor iba á extin
se
del olvido en las sombras mas secr
Aun yo misma quejarme no debe
de mi suerte, que al fin menos ad
á costa de mi amor toda la dicha
de un heroe como vos hacer pud
Vos solo sois, Señor, vos sois el
que me apartó despues de esta obedi
cia
en que ya mi virtud estaba fixa;
y ese fatal amor de quien hubiera
triunfado mi razon; esta cruel lla
q

que yo tenia ya casi deshecha,
à cuya causa se iba para siempre
à separar de mi; vuestra cautela
la supo descubrir, ò convencerme.
Ya llegué à confesarla: y obtenerla
le es preciso à mi honor. Vos, Señor, nunca
la podreis olvidar, y la verguenza
de haberos descubierto el amor mio
jamás se apartará de mis ideas.
Yo me figuraré que estais incierto
de mi fé y de mi amor, y menos fiera
es para mi la tumba que la mano
de un esposo que me hizo tal ofensa,
que sobre mi ha usurpado artificioso
esta ventaja barbara y funesta,
y que por fin avergonzarme hizo
de un fuego amante que por él no era.

Mit. ¿Esto me respondeis? ¿tan obstinada
resistis à mi ardor y mis finezas?
pensadlo bien, Señora: solo aguardo
para determinarme esta respuesta.

Mon. No Señor, no penseis que vuestras iras
espantarme podrán: ya estoy resuelta;
os conozco muy bien: tampoco ignoro
qué terrible desgracia, qué tormenta,
dispongo contra mi: pero qué importa?
ya preparada estoy à su violencia,
y nada podrá hacer que yo vacile.
Juzgadlo vos, Señor, pues sin reserva
me atrevo ya à explicarme de este modo
excediendo el confin de la modestia:
vos os habeis servido de mi mano
para clavar con furia muy sangrienta
un puñal en el seno de vuestro hijo:
y quando él otra cosa no perdiera
que el amor de su padre, moriria:
mi mano y fé, Señor, como yo pueda
no serán premio de tan vil engaño.
Ya sabeis lo que firme mi alma piensa:
vos podeis castigarme à vuestro gusto:
armaos del poder y de la fuerza
que teneis sobre mi; que yo entre tanto
voy à esperar tranquila mi sentencia;
pero antes de que parta, permitidme
que os diga que es justicia, y debo hacerla
al honor y virtud que por si sola
se ha decidido mi alma á lo que intenta:
que complice no tiene, y que sin duda
vuestra pasion quedára satisfecha,
si atendiera los ruegos de vuestro hijo.

SCENA V.

Mithridates solo.

Mit. Escuchad: ¡mas la perfida me dexa!
¿y yo consiento vil en que se vaya,
pareciendo que apruebo su insolencia?
¿cómo la ingrata sabe seducirme?
¿cómo hasta mi constancia titubea,
pues parece que dentro de mi pecho
mi corazon á su crueldad condena?
qué es esto? soy yo mismo? ¿ella es Monima
y yo soy Mithridates? no, no vea
mas amor, mas perdon aquella ingrata:
mi colera renace, y ya comienzan
otra vez los furores de mi pecho.
Que tres ingratos viles luego sean
despojo de mi furia: voy á Roma,
y con su sangre perfida y perversa,
debo hacerme propicios á los Dioses,
lo debo y puedo hacer. Ya no hay quien pueda
defenderlos aqui, pues sus parciales
por mi orden de esta orilla ya se alejan,
y el campo queda libre á mis furores;
vamos pues, y con rapida presteza
por Jifarés empieze mi venganza...
ea, rigor, por Jifarés empieza.
¿Mas qual es tu furor? á quien? ¿á tu hijo?
á un hijo cuyo nombre á Roma aterra,
cuyo valor vengar puede á su padre!
ah! ¿por que ha de verter mi mano fiera
una sangre que me es tan necesaria?
que, ¿me ha dexado mi fortuna adversa
tantos amigos que tan facilmente
los quiera yo perder? no, no se pierda,
antes ganemos toda su confianza;
que ahora necesita mi fiereza
de un vengador y no de una querida:
y ya que es fuerza que me prive de ella,

¿no seria mejor que al hijo solo
que tanto he menester se la cediera?
cedamosela, si... vanos esfuerzos
de un debil corazon que su flaqueza
está sintiendo el proprio, y que procura
deslumbrarse en lo mismo que recela.
Yo la amo, yo la adoro, y muy distante
de quererla ceder... ay! esta es nueva
culpa de que pretendo castigarla:
mi esclava hasta aqui con indecencia
de esta pasion infame fué mi gloria:
asi me determino à que ella muera,
pero sola; y el hijo me acompañe.
Con un poco que tenga de firmeza
castigo su desprecio, y me aseguro
de no tener ya nunca que temerla.
¿Mas que necia piedad pretende ahora
moderar el furor de mi violencia?
¿no soi el que otras veces inhumano
ha castigado culpas mas ligeras?
ah! Monima cruel! hijo alevoso!
¡que inutiles furores que me cercan!
y vosotros Romanos muy dichosos
¡que triunfo para vos si mi verguenza
os fuera conocida! ¿si un aviso
os pudiera llevar noticia cierta
de mis internos barbaros combates?
que, temeroso yo de las cautelas
hasta de mis amigos supe armarme
contra toda ponzoña con destreza?
Con una larga y trabajosa industria
he burlado por fin lograr la fuerza
del mas fiero mortifero veneno:
y ahora debil... pero, ah mas me valiera
haberme armado cauto contra el riesgo
de una pasion amable y halagueña,
sin dexar encender en sus ardores
à un triste corazon à quien ya yela
el torpe frio de sus muchos años!
¿cómo podré salir de esta funesta
y obscura turbacion? Cielos Divinos!

SCENA VI.

Mithridates y Arbates.

Arb. Ay Señor! vuestras tropas se rebelan,
y no quieren parar porque Pharnace
les ha dicho que ahora nueva guerra
vais en Roma à buscar.
Mit. Pharnace? Dioses!
Arb. El sedujo à su guardia la primera,
Solo el nombre de Roma atemoriza
à los mas valerosos. Ellos piensan
ir à peligros fieros y espantosos:
los unos con fervor besan la tierra,
y los que caminaban à embarcarse,
ò à las ondas intrepidos se entregan,
ò presentan sus dardos atrevidos
à quien quiere impedirlos que se vuelvan;
todo está en un desorden lamentable,
todos claman por paz, todos se alteran,
y hacen mil amenazas de rendirse.
Pharnace está, Sañor, à su cabeza,
y ofreciendo la paz por los Romanos
los deseos del pueblo lisongea.
Mit. Ah perfido traidor! ve, corre presto,
que llamen à su hermano; que aqui venga
de su padre al socorro.
Arb. Yo le he visto,
que à la orilla con impetu se acerca,
y se dice que yendo acompañado
de sus parciales, en el medio se entra
de los mismos rebeldes.
Mit. Qué oigo, Cielos!
malvados! mi venganza ha estado lenta,
pero no os temo no, los rebelados
no podrán resistir à mi presencia.
No quiero mas que verlos: quiero solo
sacrificar alli à su vista mesma
à dos perfidos hijos por mi mano.

SCENA VII.

Mithridates, Arbates y Arcas.

Arc. Señor, salvaos, porque yá acá llegan
los rebeldes, Pharnace y los Romanos.
Mit. Los Romanos, qué dices?
Arc. Qué cubierta
está de ellos la playa, y may en breve
vereis que en estos muros os asedian.
Mit. Cielos!.. vamos.. escucha.. de mi ruína
no lograrás gozar, desleal Princesa.

AC-

ACTO QUINTO.

SCENA I.

Monima y Phedima.

Phed. Señora, donde váis? ¿qué loca rabia,
que despecho feroz y delinquente
arma vuestro furor contra vos misma?
¿vuestra barbarie es tanta que pretende
cortar tan bella vida? ¿y ha podido
hacer de esa Diadema un lazo aleve?
¿no veis como los Dioses mas piadosos
indignados de accion tan inclemente,
os han roto esa vanda entre las manos?

Mon. ¿Porque tu misma mas cruel mil veces
pretendes que mantenga con porfia
una vida que es fuerza que deteste?
Jifarés ya murió, y el Rey no espera
otro remedio en males tan urgentes
que una muerte segura: ¿pues qué fruto
tus barbaras piedades se prometen?
¿deseas entregarme al vil Pharnace?

Phed. Esperád por lo menos à que lleguen
noticias mas seguras que os informen
mejor de Jifarés y de su suerte.
En esta confusion, en el tumulto
que acabamos de ver, decid, ¿no pueden
facilmente los ojos engañarse?
no à mucho que se oyó publicamente
que estaba con el campo sedicioso,
y ahora diciendo están, que los rebeldes
contra él han vuelto sus feroces armas.
¿Qué credito, que fé darseles puede
à estos discursos entre sí contrarios?
juzgad de uno por otro: muy en breve...

Mon. No: Jifarés no vive. No lo dudes,
el infeliz suceso no desmiente
à mis funestos tragicos temores;
aun quando la noticia no supiese
yo creyera que ha muerto, y me persuaden
pruebas seguras: su valor ardiente,
su despecho, y en fin su ilustre nombre,
que era de los Romanos terror fuerte.
¿Cómo Roma sedienta de su sangre
segura la victoria ahora tiene?
¿qué enemigo tan inclito y terrible,
en su valiente brazo iba á oponerse?
¿pero tu, desdichada, tu inhumana,
tu muger infeliz á hablar te atreves?
¿no estás viendo si acaso ver lo quieres,
que son delitos tuyos sus desgracias?
de quantos asesinos inclementes
lo ha cercado mi error, ¿cómo podia
libertarse jamás de tanto aleve?
quando hubiera evitado á los Romanos
y á su hermano, mis labios imprudentes
¿no excitaron las iras de su padre?
yo fuí la que avivando fatal sierpe
el incendio funesto de los zelos
entre el padre y el hijo, supe hacerme
tizon de la discordia: fatal ruina,
que el genio tutelar que á Roma atiende
ha fomentado en mi para su gloria:
y qué? ¿rea, Monima, vivir puedes?
¿esperas por ventura á que Pharnace
en la sangre infeliz de ambos se cebe,
que seguido despues de los Romanos
venga á manifestarte sus placeres,
su parricida y perfida alegria?
ah! no, que los tormentos mas crueles
primero me destrocen: si, tirana,
en vano tu importuna amistad quiere *à Phedima.*
cerrarme de la tumba los caminos
que aun en tus brazos hallaria la muerte.
Y tu fatal tegido cruel Diadema,
instrumento y testigo permanente
de mis miseros males; vanda horrible,
que en lagrimas amargas tantas veces
han bañado mis ojos, ¿no podias

haberme hecho siquiera el indulgente
oficio triste de acabar mi vida?
anda lazo fatal, no te presentes
otra vez á mi vista, que otras armas
sin tu auxilio vendrán á socorrerme.
Y perezca aquel dia desdichado,
perezca la cruel mano que en mi frente
vino á ceñirte por la vez primera.

Phed. Arcas llega, Señora; al Cielo plegue
que venga á disipar vuestros temores.

SCENA II.

Monima, Phedima y Arcas.

Mon. Conque todo por fin, Arcas, se pierde,
y el tirano Pharnace ya...

Arc. Señora,
yo no puedo decir lo que sucede:
aqui vengo encargado de un oficio
el mas cruel: este veneno debe
explicaros del Rey las intenciones.

Phed. ¡Desdichada Princesa!

Mon. Dulce suerte!
damelo Arcas, y al Rey di de mi parte,
que hasta ahora de todos los presentes
que me ha hecho su bondad, este á mi gusto
el mas precioso y util le parece:
al fin respiro. El Cielo me redime
de los socorros barbaros y crueles
que á vivir me forzaban; ahora dexa
que arbitrie sobre mi, y al fin consiente
que ya que no dispute de mi vida
disponga por lo menos de mi muerte.

Phed. ¡Santos Dioses, piedad!

Mon. Cierra los labios,
no con indignas lagrimas me alteres
de este gozo el placer: si tu me amabas,
tu debias llorar mas tiernamente
en el infausto dia en que me viste
con una vanda real ceñir mis sienes;
quando viste arrastrarme mi desgracia
del seno de la Grecia siempre alegre
á este salvage y sanguinario clima;
vuelvete tu, Phedima, á habitar vuelve
en esos dulces prosperos países,
y si mi nombre entre ellos se mantiene;
diles lo que ha pasado, lo que has visto,
cuentales los horrores de mi suerte,
y de mi triste y á angustiada vida
hazles la historia tragica y doliente.
Y tu á quien el destino rigoroso
engañando á mi afecto tantas veces,
separa de este pecho adonde fuiste
tan adorado como serlo debes.
Heroe ilustre, con quien ni quando acabo
de mi vida el afan, se me concede
ser unida siquiera en un sepulcro.
Acepta el sacrificio que mereces,
y pueda este mortifero veneno
que en honor tuyo mi despecho bebo
expiando su sangre idolatráda
á tu gloriosa sombra dár paz siempre.

SCENA III.

Monima, Arbates, Phedima y Arcas.

Arb. Detened, detened.

Arc. Qué haces, Arbates?

Arb. Detened os repito. No se llene
ese barbaro horrible sacrificio.

Mon. Dexad amigo, que concluya en breve...

Arb. No os opongais, Señora, que mi zelo
Le quita y arroja el veneno.
del Rey á los preceptos obedece.
Vivid, vivid, Señora: y tu Arcas corre,
y del feliz suceso prontamente
vuela á dar la noticia á Mithridates:
dile que llegué á tiempo y que se temple.

SCENA IV.

Monima, Arbate y Phedima.

Mon. A quien? al Rey?
Arb. El Rey en este instante
está con poca vida, ya fallece:
yo le dejo cubierto de su sangre
llevado entre los brazos de sus gentes,
y Jifarés que se deshace en llanto
le sigue sin que nada le consuele.
Mon. Jifarés! Santo Dios! Cielos que escucho!
á creerlo mis oídos no se atreven.
¿Qué Arbate, Jifarés, Jifarés vive?
vive lleno de gloria refulgente;
pero oprimido de dolor y angustia.
La funesta noticia de su muerte
que se esparció veloz por todo el campo;
no solo á vos, Señora, os entristece:
los Romanos que astutos la apoyaban
con altos gritos de algazara alegre
tambien nuestros afectos consternaron:
el mismo Mithridates se convence,
triste llanto derrama, y desde entonces
dando por derrotadas á sus huestes;
viendose perseguido por un hijo
que en todas partes estrecharlo quiere,
viendo casi forzado su Palacio
sin que socorro ni venganza espere;
y viendo en fin las Aguilas Romanas
que con sus tropas á mezclarse vienen:
no pensó su grande alma en otra cosa
que en un medio buscar que le liberte
del horror de caer entre sus manos.
Al principio tentó de los mas fieles
venenos que tenia el cruel recurso:
mas los halló sin fuerza è impaciente:
vanos socorros (dixo) de que tanto
asegurarme quise: ya no tienen
el solo fruto que sacar podia
de su auxilio cruel. Ahora se prueben
medios mas eficaces y seguros;
y buscar procurémos una muerte
que sea mas funesta á los Romanos.
Asi habló generoso, y acomete
á toda la Romana muchedumbre.
Al aspecto de aquella augusta frente
que habia en la campaña derramado
el terror en sus filas tantas veces
retroceden absortos los Romanos,
y entre ellos y nosotros se vé en breve
libre un espacio. Ya tambien algunos
á las naves corrian diligentes:
pero... ¿podré decirlo, santos Dioses?
Animada su furia nuevamente
por el mismo Pharnace, y la venganza
haciendo que por fuerza se dispierte
en sus tremulos pechos el arrojo
hacen cara otra vez, y se resuelven
á combatir al Rey á quien ya solo
seguia mi valor y poca gente:
¿quién podrá describir con altos hechos
con que acciones sublimes y excelentes,
con que robustos golpes precedidos
de una feroz mirada, esta alma fuerte
terminó sus hazañas inmortales?
en fin, cansado ya; ya casi inerme
cubierto de sudor, de sangre y polvo,
alli de los cadaveres yacientes,
se formó al rededor una trinchera:
mas otro batallon de nuevo viene
á esforzar el ataque: los Romanos
que lo observan sus impetus detienen,
y descansan un rato con la idea
de unirse y destrozarle. El Rey lo advierte
y me dice: ya basta, fiel Arbate,
ya basta amigo, tu valor suspende,
que la colera ciega me despeña,
y me obliga á abanzar muy imprudente,
que por lo menos Mithridates vivo
en las manos de Roma nunca quede.
La espada empuña, y con resuelto brazo
atraviesa su pecho; mas la muerte
todavia le huye. Entre mis brazos
el Heroe cae casi fallceiente:

aun que debil, furioso se irritaba
contra muerte tan lenta: de aquel breve
triste resto de vida se dolia,
y levantando, bien que torpemente
su ya tremula mano le señala
á mi brazo el parage donde tiene
su asiento el corazon, como que implora
el socorro de un golpe mas urgente.
Yo en tanto poseido, penetrado
del amargo dolor que me posee,
me iba á quitar la vida, quando escucho
un confuso tropel de armas y gentes:
vuelvo la vista y miro, ¡santos Dioses!
¿quién pudo adivinar este incidente?
y miro que Pharnace, y los Romanos
vencidos y deshechos retroceden.
Que abandonan la plaza, y presurosos
corren á sus navios á esconderse.
Busco á su vencedor, busco la mano
que los pudo vencer, y en tiempo breve
ven mis ojos, y apenas se persuaden,
á Jifarés.

Mon. Oh Dioses! socorredme.

Arb. A Jifarés que fiel á su gran padre,
á pesar de un gran numero de aleves
que lo habian cercado recelosos
de su zelo y valor, supo valiente
libertarse por fin de entre sus brazos,
y forzando despues los mas rebeldes,
ganando á los demás lleno de gozo,
otra vez de mil muertes logró hacerse
un camino glorioso hácia su padre.
¿Juzgád si su dolor seria urgente,
quando le vió en aquel misero estado?
ciego de su furor iba á romperse
el pecho con violencia: pero todos
corren hacia él, y logran detenerle
el impetu feroz. El Rey entonces
sus ojos angustiados á mi vuelve,
y con voz ya tan debil, que en sus labios
apenas se alentaba balbuciente
me dice: corre, amigo, y si aun es tiempo
anda, y salva à la Reyna de la muerte:
me llena de terror este discurso,
sospechando algun orden inclemente.
A pesar del cansancio y la fatiga,
el zelo y el temor me hacen que vuele.
¡Mil veces venturoso ¡que he podido
suspender este golpe felizmente.

Mon. Ay Arbate! mi pecho atribulado
con horror tan funesto, compadece
del Rey tan grande el misero destino...
ojalá que en su triste y dura suerte
yo no hubiera tenido parte alguna;
que en sus muchas desgracias yo pudiese
verter por él mi compasivo llanto
sin que fuese culpada. Pero él viene
Sonto Cielo! ¿qué barbaro tumulto
á mi angustiado espiritu conmueve
viendo la sangre que derrama el padre,
y el tierno llanto que su hijo vierte?

SCENA ULTIMA.

Mithridates Monima, Jifarés, Arbates Arcas y Guardias que sostienen à Mithridates.

Mon. ¡Ay Señor, como os veo! ¡qué destino
tan terrible es el vuestro!

Mit. Haced que cesen
las inutiles lagrimas: mis hados
sentimientos mas utiles requieren
que una piedad esteril, y mi gloria
digna de admiracion eternamente,
no debe con el llanto deshonrarse.
Dexad pues de llorar, pero atendedme:
yo he vengado hasta aqui quanto he podido

al

al universo todo, y solamente
la muerte me atajara este proyecto.
Enemigo mortal de Roma siempre,
y de su tirania, ni un instante
he sufrido su vil yugo indecente,
y puedo lisongearme que entre todos
los hombres que gloriosos hacer puede
un odio igual al mio, no hay elguno
que mas sangre ni lagrimas le cueste,
ni que las haya mas, que yo llenado
la historia de sus fastos insolentes
con desgraciados y funestos dias.
El Cielo no ha querido concederme
el placer de haber visto que en cenizas
quedaba toda Roma, y que yo diese
el ultimo suspiro entre sus ruínas.
Pero al fin mas piadoso me concede
el morir rodeado de enemigos,
á quienes dió mi brazo fiera muerte,
ò permitió que el mismo se bañase
en la perfida sangre que aborrece.
Y que por fin las ultimas miradas
de mis debiles ojos, solo viesen
huír á los Romanos. Esta dicha
á mi hijo Jifarés toda se debe.
El es quien me ha librado de la angustia
del tirano dolor de que muriese
en su infame presencia. ¿Porque el Cielo
pagarle tanta accion no me concede
con todos los Diademas soberanos,
que otras veces brillaron en mi frente?
Pero, amable Monima, ya no tengo
Imperios ni Coronas que lo premien.
Vos sois el solo bien que me ha quedado:
dexád pués, que yo pueda agradecerle
tanto servicio con haceros suya,
que yo os ceda, y con vos le recompense:
y aquel amor que para mi queria,
pido que en Jifarés todo se emplee.

Mon. Vivid, Señor, vivid, para ver que ambos
sacrificar sabemos reverentes
á vuestra dicha todo nuestro afecto.
Vivid para que pueda vuestra suerte
mejorarse, y triunfar de un derrotado,
ya timido enemigo: finalmente
para vengar...

Mit. No mas: que ya he vivido:
hijo mio en ti piensa, y defenderte
no presumas de numero tan grande.
Los Romanos corridos, mas ardientes
por su mismo rubor, por todas partes
guerra cruel procuraran hacerte:
el tiempo que te dexa ahora su fuga
no le pierdas en dar inutilmente
á mis cenizas funebres honores.
Te los dispenso todos; me parece
que bastan para pompa en mi sepulcro
tantos Romanos muertos, y yacentes:
reserva à mejor tiempo tu venganza;
y ahora solo piensa en esconderte.

Jif. ¿Señor, que yo me esconda? que Pharnace
se quede sin castigo? y que no pruebe
mi furia Roma...

Mit. No; yo te lo ordeno.
Pharnace los suplicios que merece
tendrá tarde, ò temprano: en Roma fia:
ella sabrá cuidar de que no quede
sin castigo el traidor. Pero ya siento
que mi fuerza flaquea y desfallece.
Ya siento que me muero. Hijo querido,
acercate à mis brazos que te estrechen:
y recibe por fin en este abrazo

de

de Mithridates el alma.
Mon. Oh Dios! ya muere.
Jif. Ay Señora! juntando nuestro llanto-
solo en vengarle nuestro afecto pie-
se.

***

F I N.

Barcelona: Por la Viuda Piferrer, vendese en su Libreri
administrada por Juan Sellent; y en Madrid
en la de Quiroga.